

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

La espía más vieja del mundo

Un científico ha inventado una fórmula a la que ha llamado «Seculorum». Sus efectos son que degenera los tejidos humanos, de tal forma que aquel a que se lo aplican se vuelve anciano en pocos días y muere a consecuencia de la propia vejez. El hombre que la ha comprado, decide probarla con Brigitte, que ha sido capturada cuando efectuaba una incursión en su casa.



Lou Carrigan

La espía más vieja del mundo

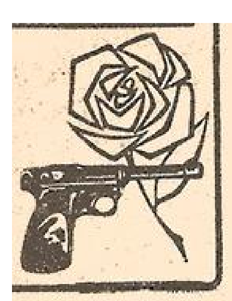
Brigitte en acción - 126

ePub r1.0
Titivillus 08-11-2017

Lou Carrigan, 1970
Diseño de portada: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Todo lo que se oía era el rumor del mar, del cual llegaba una leve brisa que movía suavemente las anchas palmas de los altos árboles. Arriba, entre miles de estrellas que refulgían intensamente, se veía la luna llena, de un blanco azulado intenso, brillante, reflejando la luz del Sol hacia la Tierra.

En un lado de la gran villa junto al mar había un vigilante, aburrido, displicente, apático. Otros cinco vigilantes rodeaban la villa, a cuál más aburrido. Nada pasaba. Nunca pasaba nada allí. Todo era seguro, todo era secreto, nadie sabía nada de lo que se estaba preparando en la villa. De cuando en cuando, en la parte oeste, pasaba una sombra por delante de la gran ventana iluminada. La conferencia, si así podía llamarse, se realizaba allí, y todo iba bien. Aquel pequeño chino estaba hablando con el jefe, ultimando los pequeños detalles finales, y eso era todo. Por lo demás, bien, tranquilo, sin novedad.

En realidad, la vigilancia era innecesaria, pero el jefe era demasiado escrupuloso, demasiado precavido. Exageraciones… Nadie iba a interrumpir la conversación entre él y el chino Chi-Mao. Theodore Franklin podía estar bien seguro al respecto. Podía charlar horas y horas, y días y días con el chino sin que nadie le molestase…

El vigilante de aquel lado de la villa sabía esto. Y estaba tranquilo, por tanto. Sin embargo, de pronto, pese a no haber oído nada, se sintió inquieto. Un presentimiento. Sólo un presentimiento… Una de esas sensaciones que nadie puede explicar bien, pero que tienen una gran fuerza, como una potente señal de alarma.

Obligado por este presentimiento, se volvió, rápidamente, llevando la mano derecha a la pistola que llevaba metida en el cinturón. Por supuesto, estaba convencido de que su actitud era

tonta, pero, a fin de cuentas, los presentimientos son algo que siempre han de ser tenidos en cuenta, aunque luego resulte que no sirven de nada, y que…

La sorpresa fue tan grande, que ni siquiera tuvo ánimos de gritar, para dar la señal de alarma. Durante una fracción de segundo se quedó mirando, atónito, aquella figura completamente vestida de negro, hasta el punto de que parecía una sombra más del jardín. Una figura femenina, esbelta, perfecta, como hecha de carne y de acero. Llevaba una indumentaria asombrosa: una malla que cubría completamente el cuerpo, de pies a cabeza. Negra, por supuesto. Pudo ver también los largos cabellos, e incluso aquel rostro embadurnado de negro, en el cual se veían, clarísimamente, dos puntos blancos, claros, correspondientes a unos ojos grandes, muy abiertos. Fue como una visión obtenida gracias a un fogonazo de *flash* velocísimo… Y el último detalle de esta visión fue la de una de las manos de aquella mujer, cerrada extrañamente, con los nudillos de los dedos índice y corazón adelantados, lanzada hacia el rostro del vigilante, que aún pudo ver aquella airosa postura de la mujer, con las piernas abiertas, una más adelantada que la otra, la cintura suavemente flexionada, la mano izquierda también engarfiada…

Eso fue todo.

El *flash* terminó cuando el vigilante recibió en la garganta el escalofriante golpe de karate propinado por los nudillos de la mano derecha femenina, que giraron en la carne, ensañándose en el impacto, en el brutal golpe. El hombre cayó hacia atrás, sin un grito, sin un gemido… Quedó de espaldas, completamente olvidado de su pistola, dedicando sus pocas fuerzas a un vano intento por levantarse, mientras de su boca brotaba ahora un ronco gemido. La mujer vestida con la malla negra se acercó a él, en silencio, con una velocidad y elegancia propias de una pantera. Su pie derecho, calzado con fino mocasín muy flexible, se alzó sobre el pecho del hombre, y cayó, de pronto, en un trastazo seco, fulminante, sobre su plexo solar, que pareció hundir al vigilante en la esponjosa tierra del jardín.

La mujer se acuclilló junto a él, moviendo la cabeza a todos lados, especialmente hacia la gran ventana en la cual se veía luz. El silencio continuaba, roto sólo por el rumor del mar, como un susurro lejano, arrullador, sedante… ¡Sssshssss… sssshssss…

sssshssss…!

La escalofriante dama quitó la pistola al hombre y la tiró hacia los arbustos de flores. Una de sus manitas, bellísima y delicada, quedó unos segundos sobre la carótida del hombre, buscando el latido de la vida… que encontró.

«Eres un chico de suerte… —pensó la dama—. O yo estoy perdiendo facultades. Tendré que dedicar unas semanas a recordar mi karate».

Se deslizó hacia los arbustos, y reapareció pocos segundos después, llevando ahora en su mano izquierda un maletín forrado de raso negro. Todo seguía igual: silencio, tranquilidad, aburrimiento.

La mujer saltó a la terraza que había ante ella y se colocó ante la doble puerta, que empujó cautamente con un dedito. No cedió. Del maletín sacó un juego de ganzúas, separó una y la introdujo en la cerradura… Nada. Cosa de broma. En menos de diez segundos abrió la doble puerta-ventana, la empujó y entró en el gran salón. Una fina raya de luz brotó de su mano derecha, directa hacia una de las paredes. La luz quedó fija en un gran pez espada disecado, colgado en la pared, y el círculo amarillento se fue ensanchando a medida que la mujer se acercaba. Una vez ante el pez espada, lo asió por la aguja y tiró de él hacia sí. El pez se apartó de la pared, con el soporte, y quedó al descubierto la puerta metálica, de aspecto inexpugnable, de una caja fuerte.

Un instante antes de que la pequeña linterna fuese apagada permitió ver el blanco brillo de los dientes de la dama, descubiertos en una irónica sonrisa. Luego, en completa oscuridad, aplicando una de sus orejitas a la puerta de la caja de acero, la dama comenzó a mover, con sus agilísimos deditos, el disco de la combinación. A su finísimo oído iba llegando el caer de las bolas del mecanismo. Parecía no tener la menor prisa.

Quería abrir aquella caja fuerte, y eso era lo único que le importaba en el mundo.

Clic… Clic… Clic-clic… Clic… Sólo el finísimo oído de la intrusa oía el sonido del mecanismo. Lo más sensacional en aquel momento era su habilidad, su pericia asombrosa; los bellísimos deditos, delicados, elegantes, maravillosos, iban moviendo el disco como si abrir aquella caja fuerte desconocida fuese la cosa más fácil del

mundo… Y mientras tanto, unas gotitas de sudor aparecieron en aquella tersa frente juvenil, arrastrando gotitas de tizne negro hacia las cejas…

Finalmente la caja fuerte fue abierta. Muy despacio, como si la intrusa temiera que, de pronto, sonara una señal de alarma. Pero, no. Nada sucedió. Aquella gente vivía demasiado tranquila, demasiado confiada… La luz de la pequeña linterna volvió a entrar en funciones. Una de las doradas manos femeninas entró en la caja y comenzó a sacar cosas de allí dentro, incluidos fajos de billetes americanos de cien dólares… En total, quizá cien mil dólares, que fueron tirados despectivamente al suelo. Papeles, una libreta, una pistola… Esto no tenía el menor interés. Luego una carpeta de tapas negras, en cuyo frente se veía pegado un cartelito blanco que ostentaba una sola palabra, escrita en rojo: «Seculorum».

A partir de ese momento, y definitivamente, todo lo demás que había en la caja perdió interés para la dama intrusa. Colocó la carpeta sobre la mesa de despacho, la abrió y vertió sobre el primer folio la luz de la linterna diminuta.

«Queridita —pensó—: lo has encontrado».

El maletín forrado de raso negro fue colocado sobre una mesa y abierto. Apareció un pequeño flexo, una cámara fotográfica, una pequeña batería… Se oyó un suavísimo «clic» cuando la dama movió una palanquita, pero nada sucedió, en apariencia… En apariencia. Lo cierto fue que el flexo portátil a baterías lanzó su luz negra sobre el primero de los folios llenos de fórmulas escritas a mano, muy claramente. La pequeña cámara tomó la primera microfoto. El primer folio fue pasado y la cámara volvió a funcionar, tomando la segunda microfoto: tik-tik… Luego la tercera página quedó bajo la luz negra; tik-tik…

Tik-tik…

Tik-tik…

Tik-tik…

Página a página, todo el contenido de la carpeta fue quedando fotografiado. El tik-tik era el único sonido levísimo que se oía en el salón. Los folios eran pasados en el más completo silencio por aquellos finos deditos agilísimos. No se veía absolutamente nada allí dentro. Sólo la técnica dominaba la situación: la técnica de la luz negra, la cámara especial, la película de emulsión apropiada… Tik-

tik… Tik-tik… Tik-tik…

Evidentemente, alguien estaba robando, con gran elegancia y seguridad, aquella fórmula llamada «Seculorum»…

Capítulo II

Theodore Franklin contemplaba pensativamente el contenido de aquella pequeña ampolla. Bien mirado, era un líquido que podía parecerle vulgar a cualquiera. Incoloro e inodoro… Si además hubiera sido insípido, habría sido, sencillamente, agua.

—Parece agua —dijo.

—Pero no es agua —replicó.

—No… No es agua… —musitó Franklin—. Al menos, eso es lo que usted dice, Chi-Mao.

—¿Cree que lo estoy engañando, Franklin? —sonrió el chino.

—No, no… Eso sería absurdo. Es que, francamente, me resisto a creer que pueda haberse inventado algo así.

—Pues no se resista más; mi fórmula «Seculorum» es perfecta. Puedo demostrarlo en cualquier momento.

Theodore Franklin soltó una simpática risita. Era un sujeto muy agradable, alto, atlético, elegante. Vestía muy bien, con un formidable tono deportivo en todo su atuendo. Sus cabellos eran castaños, muy largos y ondulados; también sus ojos eran castaños, grandes, inteligentes. La mandíbula era recia, firme… Verdaderamente, con sus treinta y cinco años, Theodore Franklin era un formidable ejemplar masculino, que podía hacer suspirar a millones de mujeres.

—¿Demostrármelo? —continuó riendo—. Para eso haría falta que alguien se prestara al experimento, Chi-Mao.

—Tiene usted ocho o diez hombres en esta villa, ¿no es así?

—Los tengo… Sí, los tengo. Pero creo que ninguno de ellos aceptaría someterse a la prueba.

—Tonterías… No olvide, Franklin, que además de la fórmula «Seculorum» he creado la antifórmula… Es decir, el antídoto. Dadas las características de la «Seculorum», considero que el antídoto es una inutilidad, pero… nunca se sabe. A veces, después de haber

usado la «Seculorum», quizá le convenga a usted anular sus efectos. Si llega ese caso, tiene el antídoto. Pero, en definitiva, según parece, tiene usted ya un trabajo en África para la «Seculorum». ¿Por qué no hace el trabajo enseguida y se convence de su eficacia?

—No puedo hacer todavía el trabajo en Koluva… —musitó Theodore Franklin—. En primer lugar, estoy esperando la confirmación de mis… representantes allá. Y en segundo lugar, yo soy un… profesional muy serio, Chi-Mao. Quiero decir que no utilizaría la fórmula «Seculorum» hasta tener la completa seguridad de que sus efectos son reales, verídicos.

—Bien… Espere a que sus agentes en África le digan que se puede llevar adelante el trabajo en ese país africano llamado Koluva y entonces haga la prueba…

—Usted no me entiende —gruñó Franklin—: cuando yo haga el trabajo en Koluva quiero tener la seguridad de que la «Seculorum» es auténtica, con efectos indiscutibles.

—Bueno… No sé qué más decirle, Franklin. He terminado la fórmula y el antídoto, se lo he escrito a usted clarísimamente en unas fórmulas perfectamente comprensibles para un químico y se lo he entregado todo a su satisfacción. Tiene las fórmulas en su caja fuerte, a poca distancia de aquí, en esta misma casa vigilada por ocho o diez hombres y tiene en su mano la primera dosis fabricada del «Seculorum». ¿Qué más quiere?

—Es mucho dinero por una fórmula que aún no sé si es real, Chi-Mao.

—¿Mucho dinero? No sé… Quizá. Usted es un espía profesional sin patria ni bandera, Franklin. Hemos hablado varias veces sobre los efectos de la «Seculorum», y entiendo que usted ha encontrado un magnífico sistema para realizar trabajos de gran importancia con ella. No, no, espere… No pretendo que me explique sus proyectos. Eso es cosa exclusivamente suya. Pero yo le he entregado la fórmula y su antídoto, y creo que tengo derecho a que me pague.

—¿Me pagaría usted quinientos mil dólares por… un vaso de agua, Chi-Mao?

—No.

—Pues esto parece un vaso de agua. Es decir, una… ampollita llena de agua.

—Puede parecer agua. Pero si usted succiona ese líquido con

una jeringuilla y luego lo inyecta por vía intravenosa en una persona, verá que no es agua.

—Tengo el «Seculorum», tengo la jeringuilla… pero no tengo la persona en la cual probar los efectos de este líquido.

—Busque a alguien. Uno de sus hombres puede servir.

—¡Ninguno aceptaría ser inyectado en una vena con este líquido!

—¿Por qué no? Al fin y al cabo, un día o dos más tarde sólo tendría que inyectarle el antídoto y los efectos desaparecerían inmediatamente. Todo volvería a su estado normal en menos de tres o cuatro horas.

—Tendrían miedo.

—Porque son unos ignorantes.

—Bien, bien… Pero ésa no es la cuestión. La cuestión es que me resulta un tanto fastidioso pagar medio millón de dólares por una cosa que no estoy seguro que los valga.

—Estamos perdiendo el tiempo. Tengo grandes proyectos personales en China y quiero regresar pronto allá. Inyécteme a mí, y así se convencerá de una vez.

Theodore Franklin se quedó mirando incrédulamente al viejo chino. Miró el líquido que contenía la ampolla, de nuevo al chino…

—¿Está hablando en serio? —musitó.

—Señor Franklin: si yo no tengo fe en mi invento… ¿cómo puedo esperar que la tenga usted? No temo nada, sé que todo va a salir bien… Inyécteme. Y mañana, o pasado, antes de que sea demasiado tarde, me inyecta usted el antídoto. Así se convencerá de todo cuanto le he dicho, de la realidad de mi «Seculorum». Entonces me paga el medio millón de dólares, yo me voy de las Bermudas, y… eso será todo. Jamás nos habremos visto, jamás nos habremos conocido… ¿De acuerdo al fin?

—Está bien… —musitó Franklin—. Le voy a inyectar. Pero si gasto ahora esta dosis…

—No es cosa que deba preocuparle. Teniendo la fórmula será fácil producir más «Seculorum» y más antídoto. En cuestión de horas se pueden tener ambos productos, incluso usted mismo, que no tiene grandes conocimientos de química. Por favor, no perdamos más tiempo, señor Franklin. Estoy dispuesto.

—De acuerdo. Voy a inyectarle ahora mismo.

—A su gusto.

Theodore Franklin abrió el estuche que tenía encima de la mesa, sacó la aguja, la jeringuilla… Ensambló ambas y clavó la punta de la aguja en la tapa de la ampolla del líquido llamado «Seculorum». En medio de un gran silencio, tenso, fue succionando lentamente el líquido que parecía agua, hasta que todo él pasó a la jeringuilla. Mientras tanto, Chi-Mao se había quitado la chaqueta y se había alzado la manga de la camisa, dejando al descubierto su flaco brazo huesudo, amarillento, surcado visiblemente por azuladas venas. Era como si sólo tuviera piel, huesos y venas.

Franklin colocó la jeringuilla a contraluz y apretó: suavemente el émbolo, haciendo salir una gotita de líquido por la punta de la aguja. Luego se quedó mirando al chino, cuyo rostro no podía ser más impenetrable, más impávido, más… oriental. De pie junto a la ventana del despacho, el muy silencioso McKinley, lugarteniente y guardaespaldas de Theodore Franklin, aparecía no menos impasible; por su actitud se deducía claramente que le importaban muy poco los resultados de la discusión o del experimento.

—¿Listo? —preguntó Franklin.

—Sí.

Theodore se acercó lentamente al chino, lista la inyección que contenía la fórmula «Seculorum». El propio Chi-Mao, con su mano izquierda, apretaba su brazo por encima del codo, de modo que las venas destacaban aún más en su flaquísimo brazo.

—Adelante… —susurró—. Terminemos de una vez.

Capítulo III

La operación terminó. Todo el contenido de la carpeta estaba fotografiado. No había sido precisamente un trabajo difícil. Había pocos folios y, además, la dama vestida de negro parecía saber muy bien cómo se hacían aquellas cosas. No cabía la menor duda de que era una auténtica veterana.

Una vez obtenidas las fotografías que le interesaban, todo lo que había sacado de la caja fue colocado de nuevo en su lugar. Podía parecer que nadie había tocado nada. Cerró la caja y recogió sus útiles de trabajo, desmontándolos. Al pequeño círculo de luz de su linternita se veían las hermosas manos trabajando hábilmente. Pieza a pieza, todo fue introducido en el maletín. En una ocasión, la malla negra fue subida un poco en la muñeca, de modo que el diminuto reloj de esfera fosforescente quedó visible. Hacía poco que estaba allí, de modo que el hombre que había vencido tan fácilmente aún tenía sueño para rato.

Por fin, la película fue sacada de la cámara fotográfica e introducida en una pequeña cápsula de plástico, que parecía un pequeñísimo huevo en dos secciones, que quedaron ensambladas por presión…

—¡Letour! —gritó de pronto alguien afuera, en el jardín—. ¡Slack, Varinov… alguien ha entrado en la villa! ¡Dad la alarma!

La dama vestida de negro se estremeció. Se llevó rápidamente la mano derecha a la boca. Luego, olvidando la cámara fotográfica, sacó del maletín una pequeña pistola, cerró aquél, lo tomó por el asa y se precipitó hacia la puerta-ventana, sorteando velozmente los muebles del gran salón.

Estaba ya saliendo a la terraza cuando delante de ella relumbraron dos fogonazos rojizos, allá donde había dejado sin conocimiento al vigilante. Ni siquiera pudo oír los «plop-plop» de los disparos, porque junto a ella saltaron unas astillas de madera,

arrancadas por una bala; la otra dio en uno de los grandes cristales del ventanal, reventándolo estruendosamente, arrancando miles de diminutas chispas que brillaron a la luz de la luna.

—¡Está en el salón! —gritó el mismo hombre.

Para entonces, la dama había dado ya la vuelta, sabiendo que todos los vigilantes debían estar corriendo precisamente hacia aquel lugar. De modo que lo mejor era salir de la casa por otro sitio. Esto era sensato y astuto.

Llegó a la puerta del salón, la abrió y apareció en el gran vestíbulo, iluminado por la gran lámpara que pendía del techo… En toda la casa se oían ya una especie de bocinazos y gritos por todas partes… Por delante de la intrusa se abrió una puerta y apareció un hombre alto, velludo, pistola en mano, sobresaltada la expresión. Aún se mostró más sobresaltado al ver a la mujer ante él, al otro extremo del vestíbulo.

—¡Está…!

¡Plof!

La dama disparó su pequeña pistolita y el hombre lanzó un grito, se volvió hacia atrás, soltando la pistola, y cayó de rodillas, dando de cara contra las rodillas de otro hombre que salía corriendo. Por detrás de éste, de pie, inmóvil, mirando hacia la puerta, se pudo ver, un instante, un chino menudo, de blancos cabellos y grandes orejotas que destacaban en su redondo cráneo.

¡Plof!

El siguiente disparo de la dama también hizo gritar al segundo hombre, tan deportivo y elegante, de largos cabellos. De un salto volvió a entrar en la habitación donde había estado, tirándose al suelo en busca de la pistola del primero.

Mientras tanto, la dama corría hacia la puerta principal. Su astucia de no salir por la puerta-ventana del salón ya no le daría resultado, seguramente, pero volver allá era absurdo. Ya no tenía más remedio que salir por la puerta. La abrió de un tirón, salió… y regresó hacia el vestíbulo, violentamente, debido al fortísimo choque sufrido contra el hombre que llegaba corriendo desde el jardín. Un hombre alto, grueso, de rojos cabellos y solidísima cabeza, que resistió el inesperado encontronazo, mientras la mujer rodaba por el suelo, dentro de la casa, perdiendo su pistolita, que se deslizó por el brillante mosaico… El hombre pelirrojo entró tras

ella, corriendo, muy abiertos los ojos, gritando que estaba allí el intruso. La mujer gateaba a toda prisa hacia la pistolita, veloz y decidida como un felino. Su manita derecha se colocó sobre el arma... y uno de los enormes pies del gigante pelirrojo cayó sobre ella, aplastándola brutalmente. La dama ni siquiera gritó. Con su mano izquierda asió el tobillo del gigante pelirrojo y dio un suave tirón hacia la derecha, para, en el acto, cuando el hombre se resistía a seguir aquella dirección, tirar hacia su dirección de resistencia. Una sencilla treta que dio un aparatoso y sorprendente resultado: el gigante perdió el equilibrio, quedó un instante en posición horizontal, aullando, y cayó como un saco al suelo, junto a la dama, haciendo vibrar todo el pavimento; pero se revolvió enseguida y sus manazas cayeron sobre el torso femenino, sujetándolo con una potencia trituradora.

Otros dos hombres aparecieron por la puerta principal, dos más por la puerta del salón tras haber entrado en la casa por la puerta-ventana de la terraza y el apuesto deportista salía ya del despacho con la pistola del herido en un hombro bien firme en su mano. Tras él, siempre impávido, el chino.

—¡No la sueltes, Varinov! —gritó Theodore Franklin—. ¡La quiero viva! ¡Sujetadla bien! Los dos hombres que habían entrado por la puerta principal se acercaron y ayudaron al gigante pelirrojo a ponerse en pie, sujetando todavía a la mujer por el torso, rodeándolo aún más fuertemente con sus colosales brazos, en una fortísima presa de tenaza... que fracasó estrepitosamente, para asombro y pasmo de todos los presentes. La dama se limitó a encoger y bajar el hombro izquierdo, sacándolo del cepo; alzó el hombro derecho un poco, asió con ambas manos el brazo derecho de Varinov, a la altura del bíceps, se colocó pegada a él, y se inclinó hacia delante, flexionando las rodillas...

El grito de Varinov al verse volteado tan limpia y espectacularmente resonó en toda la casa. Fue, en verdad, un bellísimo espectáculo de judo, y Varinov habría terminado con varios huesos rotos en el suelo si no hubiera caído encima de uno de sus compañeros, que fue aplastado por el peso del gigante. Aún estaba gritando Varinov, cayendo al suelo encima del otro hombre, cuando la dama giraba, como una sensacional bailarina, hacia el otro sujeto. Un giro rapidísimo sobre la punta de un pie, mientras el

otro, recta la pierna y formando una sola línea con el torso, que se inclinó hacia el suelo como si todo aquel bello cuerpo fuese un columpio, daba de lleno en la garganta del hombre, con un impacto seco, fulminante, que lo tiró de espaldas, rígido como un palo. Y tras estas demostraciones de judo y la «patada a la Luna» de *capoeira*, la dama siguió corriendo hacia la puerta… seguida por los otros dos hombres, uno de los cuales la alcanzó a muy poca distancia de la salida, sujetándola por los cabellos.

La dama volvió solamente la cintura, girándola como si tuviera allí un mecanismo especial. Su manita derecha salió disparada, horizontalmente, desde su pecho hacia el del hombre. Otro impacto seco y el enemigo pareció rebotar contra una pared, cayendo también de espaldas… y llevándose la peluca de tono castaño de la mujer, dejando escapar una hermosísima mata de negros cabellos.

El último de los cuatro, que llegaba lanzado contra la dama, vaciló una fracción de segundo ante la sorpresa, pero enseguida saltó impetuosamente, chocó contra la mujer, ambos cayeron al suelo abrazados, y al instante el hombre salió despedido por el aire, chillando, impulsado por el ferocísimo *sutemi* de judo.

De nuevo la dama se puso en pie, pero ya llegaba otra vez el gigantesco Varinov, que cayó sobre ella igual que un elefante sobre una margarita. Un instante después caía otro hombre, y luego los otros dos, semiaturdidos, pero aplastando con su peso a la divina jovencita.

Y ya cuatro hombres resultaron demasiado peso. La dama recibió además un rodillazo en el vientre y un tremendo puñetazo sobre el seno derecho, que la dejaron unos segundos sin aliento. Fue puesta rudamente en pie, sujeta de ambos brazos, dominada, inmovilizada… Casi no podía ni respirar, pero tras una profunda y seca aspiración de la técnica de reanimación recuperó el aliento.

Se quedó jadeante, agitado su hermoso busto reveladoramente moldeado por la malla negra. Sus grandes ojos giraban todavía en todas direcciones, como buscando un lugar por donde escapar, y de su frente partían chorritos de sudor, que se iban llevando el negro maquillaje. Por fin pareció comprender que no podría soltarse estando sujeta por dos hombres en cada brazo, y se calmó de pronto completamente. Su funcionamiento había sido igual que el de una máquina que, de pronto, es desconectada.

Theodore Franklin se acercó, seguido por el chino en mangas de camisa, en cuyos inexpresivos ojos había aparecido un destello de grandiosa admiración.

—Fantástico… —dijo Chi-Mao—. Increíble absolutamente. ¡Es sólo una mujer!

—¿Qué tiene eso de fantástico? —murmuró hoscamente Franklin.

—Por Buda… ¿No se ha dado cuenta de lo que ha hecho esta mujer en menos de cinco segundos? Por supuesto, conoce el judo y tiene que poseer, cuando menos, el Tercer Dan, el Tercer Grado de Maestro… Y además, por como lo ha empleado, demuestra una clarísima inteligencia de combate, una prodigiosa capacidad de improvisación, una serenidad…

—¡No importa eso ahora…! —cortó al fin Franklin la admiración del chino; y se quedó mirando aquellos enormes, grandiosos, sorprendentes, bellísimos ojos azules—. ¿Quién es usted?

—Una tonta, señor… —sonrió de pronto la dama—. No sé si querrá creerme, pero… me equivoqué de villa. Buscaba la de unos amigos.

Chi-Mao se echó a reír agudamente, aplaudiendo muy quedamente, con lentas palmadas, la respuesta de la dama. Theodore Franklin la miraba con furiosa hostilidad, pero de pronto también sonrió.

—Llevadla a mi despacho. Y atadla bien a una silla.

La dama fue llevaba al despacho, y atada de pies y manos a una de las sillas muy sólidamente. Así estaba cuando Franklin regresó, acompañado del chino. Franklin llevaba el maletín forrado de raso negro y la pequeña pistolita de cachas de madreperla. Sin decir palabra, tras mirar con sonriente curiosidad la pistolita, colocó el maletín sobre la mesa, lo abrió y frunció el ceño al ver su contenido. Un hombre entró en el despacho llevando la cámara fotográfica.

—Estaba sobre una de las mesitas, cerca de la caja fuerte, señor Franklin. Éste respingó, mirando vivamente la cámara.

—¿Está abierta la caja?

—No, señor.

—¿Seguro?

—Está cerrada, seguro.

Franklin parpadeó, vaciló unos segundos. Por fin salió a toda prisa del despacho. Cuando regresó un par de minutos más tarde se le veía completamente tranquilo. Volvió a dedicar su interés al contenido del maletín, que fue colocando sobre la mesa. La pequeña batería, la pantalla para luz negra. Por fin abrió la cámara fotográfica. Pareció sorprendido por la ausencia de la película. Lo último que miró fue el pasaporte encontrado en el maletín.

—Bien, señorita Montfort… Estoy esperando una explicación.

—Ya se la he dado.

—Dejémonos de tonterías. Usted ha venido a mi casa para robar o fotografiar algo que contenía mi caja fuerte especial. Tengo una caja fuerte en el despacho, pero pocas personas saben que es mucho más interesante lo que contiene la caja que está en el salón, tras el pez espada. Hablemos seriamente. ¿Para quién trabaja?

—Para nadie en especial.

—Su pasaporte dice que es norteamericana y que trabaja de periodista. Pero nosotros sabemos que es usted una espía. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —sonrió Brigitte Montfort.

—Bien. ¿Quién la envió?

—Nadie.

—¿La CIA?

—Nadie.

—¿Me está diciendo que no trabaja para la CIA?

—No trabajo para nadie. O quizá esté mejor decir que trabajo para todos. Depende del precio.

—Asombroso… ¿Una espía particular que se vende al mejor postor?

—Sí.

—¿Cómo supo de mí?

—Un… colega me llamó la atención sobre usted. Llevo varios días vigilándolo, incluso con micrófono. He oído sus conversaciones sobre el «Seculorum», sobre su caja fuerte, sobre algunas pequeñas cosas. Me pareció que valdría la pena saber qué era exactamente eso del «Seculorum».

—¿Está… bromeando?

—Tiene usted un micrófono-dardo en el marco de la ventana de este despacho; otro, en el ventanal de su dormitorio; dos, dentro del

salón, clavados en la pared, cerca del techo. Micrófonos especialmente fabricados para mí. Los disparé con un fusil que puede usted conseguir montando los tubos de aluminio de eso que parece un trípode.

Franklin sacó el objeto citado, lo miró, miró a Brigitte, de nuevo el trípode. De pronto miró a sus hombres.

—Buscad esos micrófonos —musitó—. Deprisa. En cuanto a usted, señorita Montfort, dígame: ¿vino a fotografiar algo… sin película en la cámara?

—Ese fue un pequeño fallo inadmisible… Y aún no lo comprendo. Por eso me han atrapado. Me disponía a poner una película en mi cámara cuando uno de sus hombres descubrió al que tuve que golpear… Y todo se echó a perder. Puede encontrar las películas dentro de cápsulas de plástico, en el doble fondo del tarro de *ice-cream*.

En pocos segundos, Theodore Franklin se convenció de que todo era cierto. Su asombro iba aumentando rápidamente.

—¿No abrió la caja?

—No tuve tiempo. Recordé de pronto que faltaba la película en la cámara…

—Pero… ¿habría podido abrir la caja?

—Creo que sí.

—¿De verdad pretende que yo crea que no está trabajando para alguien?

—Señor Franklin: si yo estuviese trabajando para alguien, por ejemplo, para la CIA, como usted cree… ¿le parece que habría venido sola aquí? A estas horas los agentes que me habrían acompañado estarían armando el gran alboroto. La conversación no sería tan… plácida.

Franklin parpadeó. Si algo parecía tener auténtico sentido era precisamente aquello.

—Bien… ¿En verdad trabaja siempre absolutamente sola?

—No necesito a nadie. Para cometer torpezas me basto yo sola.

—Eso es cierto… —sonrió Franklin—. Muy cierto. Sin embargo, usted ha demostrado una gran audacia y un valor excepcional… Casi tan excepcional como sus condiciones físicas. ¿Es cierto lo que ha dicho mi amigo? —señaló al chino—. ¿Es usted Tercer Dan de judo?

—Sí. Pronto pasaré a Cuarto Dan.

—¿Pronto? ¿Espera usted salir con vida de esto?

Brigitte Montfort pareció enormemente asombrada.

—¿No? —musitó.

—Señorita Montfort, usted sigue bromeando. ¿En verdad le parece que voy a dejarla marchar?

—Bueno… No sé. Entiendo que somos colegas, señor Franklin. Usted se marchará pronto de aquí, seguramente su nombre es falso, la villa es alquilada… ¿Por qué ha de matarme? Sólo somos… colegas, no enemigos.

—A eso lo llamamos en China «insolente desfachatez» —sonrió Chi-Mao.

—Pues en Inglaterra —sonrió también Franklin— lo llamamos «sentido del humor». Llevadla al sótano. Y dos de vosotros que se queden con ella. Yo bajaré dentro de unos minutos. Aunque… no. Un momento, un momento. Me parece, Chi-Mao —miró al chino—, que se va a ahorrar usted un pinchazo. Tenemos aquí un conejillo de Indias. ¿Qué le parece?

—Es un buen ejemplar… —aceptó en el acto Chi-Mao—. Joven, inteligente, fuerte… Buena idea, Franklin.

—Desatadle un brazo, subidle la manga y sujetadle ese brazo bien fuerte. La vamos a inyectar.

—No… —jadeó Brigitte—. ¡No! ¡Eso, no!

Theodore Franklin cogió la poco antes abandonada jeringuilla, ya llena con el «Seculorum», y miró amablemente a la divina espía.

—¿Por qué se asusta, señorita Montfort? ¿Acaso conoce los efectos del «Seculorum»?

—No, pero… No me gusta eso… ¡No me hagan eso!

Los hombres de Franklin que había en el despacho miraron a su jefe, expectantes.

—¿Qué os pasa? —Gruñó Franklin—. Os he dado una orden, ¿no?

Los dos sicarios se acercaron a Brigitte, le soltaron un brazo y se dispusieron a subirle la manga. Pero eso no iba a ser fácil, al menos por las buenas. La espía comenzó a debatirse, se puso en pie alzando la silla, intentó golpearlas con los pies, movió la silla con todas sus fuerzas, casi derribando a uno de ellos… Chi-Mao se le acercó por detrás, alzó una de sus flacas manos y lanzó un golpe en

apariencia inofensivo a la nuca de Brigitte, que se desplomó instantáneamente, sin conocimiento.

—Yo también sé un poco de judo… —sonrió irónicamente el chino—. Proceda, Franklin. No importa que esté desvanecida. Además, despertará pronto.

La silla fue colocada en su postura normal, con Brigitte atada a ella, colgando la cabeza y el torso hacia delante. La manga de la malla negra fue subida y la aguja pinchada poco después la vena adecuada, en la cara interna del codo.

—Bien… Ahora sólo tenemos que esperar… —musitó Franklin —. Si es cierto que ella está sola aquí, nadie nos molestará mientras esperamos que la «Seculorum» haga sus efectos. Tal como está, llevadla al sótano.

Cuando abrió los ojos, lo primero que vio fue sus propios pies, calzados con los flexibles mocasines negros. El suelo… Luego, las oscuras paredes, un catre sucísimo, una silla, un lavabo descascarillado, oscuro. El grifo dejaba caer continuamente una gota de agua: toc… toc… toc… toc… Encima de la puerta había una pequeña bombilla, encendida, que proporcionaba una iluminación débil, amarillenta, sórdida.

Dio un tirón a las cuerdas, pero pronto comprendió que estaba muy bien atada. De pronto notó aquella pequeña molestia en el brazo y lo miró, ladeando la cabeza cuanto pudo, y echando ambos brazos hacia aquel lado, retorciendo el izquierdo, hasta que pudo ver aquel pequeño puntito rojo en la dorada piel, allí donde notaba la pequeña molestia.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de la más bella espía del mundo. Se mordió los labios y volvió a mirar a todos lados, como si fuese a encontrar así la solución de sus problemas. Cosa que, ciertamente, no sucedió.

Apenas quince minutos más tarde, la puerta se abrió, y Theodore Franklin, Chi-Mao y el gigantesco Varinov entraron en el sótano. Detrás de ellos se veían las escaleras que sin duda conducían a la villa, al interior de la casa. Franklin se colocó ante ella, alargó un brazo y abrió la mano, a muy poca distancia de los ojos de Brigitte, que miró con indiferencia los cuatro pequeños micrófonos-dardos. En total, el aparato no era más grande que una judía.

—No mintió usted… —susurró Franklin—. Aquí los tiene.

¿También han sido fabricados especialmente para usted?

—Sí. Escuche, señor Franklin, ya sé que le he herido a un hombre y que…

—No se preocupe por eso. El herido será atendido debidamente muy pronto, y los demás, con unos cuantos golpes, habrán aprendido una buena lección… que debo agradecerle. ¿Cómo se siente?

—Bien… Bien.

—Me alegro. Respecto a la inyección que le hemos puesto, no se preocupe: es indolora absolutamente.

—¿Qué… qué me pasará…?

—Ya lo sabrá muy pronto. Incline la cabeza hacia mí.

Brigitte obedeció y permaneció así durante no menos de tres minutos, mientras Theodore Franklin pasaba sus dedos entre los negros cabellos una y otra vez.

—De acuerdo. Hemos examinado la peluca que le arrancó uno de mis hombres y no hay ninguna película de microfotos escondida allí. Tampoco la tiene usted escondida en sus cabellos naturales. Ahora va a ser desatada, pero le advierto que si intenta algo más la mataremos. ¿Lo ha entendido bien, señorita Montfort?

—Sí…

—Desátala, Varinov.

El gigantesco pelirrojo obedeció, mientras Franklin y Chi-Mao, algo apartados, miraban fijamente a Brigitte, apuntándola con sus pistolas. Al fin la espía pudo ponerse en pie y se quedó mirando interrogante a Theodore Franklin.

—Desnúdese… —ordenó éste—. Completamente, señorita Montfort.

—Le aseguro que no conseguí fotografiar nada…

—Quiero saber con toda seguridad si tiene usted un microfilme escondido en cualquier lugar de esa indumentaria. Desnúdese.

Baby Montfort no replicó. Se quitó la malla negra, que, para asombro de los tres hombres, era todo lo que llevaba. Varinov estaba no sólo maravillado, sino absolutamente estupefacto ante la firme elasticidad de aquel cuerpo de finísima piel de tono dorado. Chi-Mao había entornado los ojos, pero por lo demás continuaba impasible.

—Los zapatos también —musitó Franklin, con voz un tanto

velada.

Brigitte se los quitó y los entregó junto con la malla negra a Franklin, mirándolo fijamente a los ojos.

—Todo esto le será devuelto en cuanto haya sido revisado a fondo… —murmuró Theodore—. Mientras tanto, queremos ver su cara al natural, así que lávesela en ese lavabo. Ya no tiene objeto esa crema negra.

—Está bien… —Inclinó Brigitte la cabeza—. ¿Qué van a hacer conmigo?

—¡Si dependiese de mí…! —empezó entusiasmado Varinov.

—No depende de ti… —cortó secamente Franklin—. Chi-Mao y yo vamos a examinar esta ropa. Tú cierra la puerta… y quédate fuera. ¿Está claro, Varinov?

—Es una lástima de mujer. Yo opino…

—Tu opinión no cuenta. Sal detrás de nosotros, cierra la puerta y permanece fuera todo el tiempo. Esta mujer es intocable ahora. Hay que estudiar la reacción de la «Seculorum» en ella, de modo que no le haremos nada. Nada, ¿entiendes? Comerá, beberá, dormirá y eso será todo. No quiero que sufra ninguna clase de perturbación. Y te advierto seriamente una cosa: si cuando salgamos dentro de unos días hacia Casablanca tú has estropeado algo, no llegarás jamás al *Abismo*. Es todo.

Salieron los tres, un poco mohíno Varinov, que cerró la puerta, dejando sola a Baby, desnuda, desarmada, encerrada en un sótano con sólo una abertura de salida vigilada por un hombre armado.

Cosas del espionaje.

Tres días más tarde, Theodore Franklin, Chi-Mao, Varinov y los demás hombres del primero, excepto McKinley, que había sido enviado a un lugar donde esperaría a recuperarse del balazo recibido en un hombro, entraban una vez más en el sótano.

Y, como los días anteriores, se quedaron mirando, profundamente impresionados, a la señorita Brigitte Montfort, que, sentada en el borde del estrecho catre, ya sin que nadie se hubiera molestado en atarla, parecía ignorar la presencia de todos. Su mortecina mirada estaba fija en el suelo, y eso era todo.

—Es asombroso… —susurró Franklin estremeciéndose—. Absolutamente asombroso. Y horrible, Chi-Mao.

—Ya le dije que la «Seculorum» haría su efecto. Y aún no ha

terminado de actuar. Esta mujer puede resistir aún algo más, me parece.

—¿Eso piensa? Pues yo lo dudo… Pero eso ya no importa. Lo cierto es que la «Seculorum» es un éxito, que todo está preparado para lo de Koluva y que con este método se pueden simplificar mucho algunas cuestiones que… Bien, ya no tenemos nada que hacer aquí. Todo está listo para la marcha, lo hemos recogido todo… Podemos marcharnos.

—Supongo que no me hará esperar más para pagarme, Franklin… —deslizó ásperamente Chi-Mao—. En definitiva, todo esto es obra mía.

—Nadie duda eso. Y se le va a pagar, Chi-Mao, no sea impaciente.

—No es impaciencia. Se hizo un trato y yo quiero lo que me corresponde.

—De acuerdo, de acuerdo… Págale, Varinov.

Chi-Mao se volvió ligeramente hacia el ruso, un tanto desconcertado. ¿Varinov iba a pagarle? ¿Y en aquel momento precisamente…?

Plop… Plop… Plop…

La primera bala ya dio en el corazón del chino, empujándolo hacia el fondo del sótano, donde estaba el catre. Rodó hasta llegar ante los pies de Brigitte Montfort, que ni siquiera reaccionó cuando las otras dos balas disparadas por Varinov se clavaron también en el cuerpo de Chi-Mao. El chino quedó tendido ante los pies de la espía, de cara al techo, con tres manchas de sangre en el cuerpo, los negros ojos muy fijos en el techo sórdido, retorcida su boca en una mueca de sorpresa y de rabia…

—¿Por qué correr riesgos de que venda la fórmula a otros? —se preguntó Franklin en voz alta—. Además, era bastante conocido por ahí, de modo que podía haber complicado las cosas… Vámonos.

Varinov señaló con la pistola a Brigitte.

—¿Y ella?

—Déjala ahí.

—¿La mato?

—¿Para qué desperdiciar más balas? No vale la pena. No tendrá fuerzas ni para moverse de ese catre. Y cuando encuentren su cadáver me pregunto qué van a pensar.

—Sería mejor matarla.

—Déjala morir en paz. A fin de cuentas, como ella misma dijo —sonrió fríamente Franklin—, es una… colega. Adiós, señorita Montfort.

Brigitte no reaccionó tampoco ahora. Seguía con la cabeza inclinada sobre el pecho, inmóvil, fijos sus ojos en el suelo. Evidentemente, no le importaba nada de cuanto pudieran decirle o hacerle.

—¡Señorita Montfort! —gritó Franklin—. ¡Adiós!

La espía alzó la cabeza, lentamente, volviéndola hacia Theodore. Movió los labios, pero de su boca no brotó ningún sonido.

—Es horrible —tartamudeó Letour.

—Es sólo un proceso normal… —susurró Romer—. Al menos, eso decía Chi-Mao. Oye, Ormos: ¿te parece esta mujer la misma que te golpeó hace cuatro noches?

El llamado Ormos tragó saliva y movió negativamente la cabeza. Esa fue toda su respuesta. Estaba tan impresionado como sus compañeros Varinov, Slack, Letour, Romer y hasta el propio Franklin, que repitió la orden:

—Vámonos. Aquí hemos terminado. Cierra la puerta al salir, Varinov. Tenemos el tiempo justo de llegar al avión.

* * *

La pequeña y veloz avioneta brillaba al sol, enviando su sombra hacia el mar azul adornado con pequeñas crestas blancas. Parecía un encaje irregular, pero al mismo tiempo armónico y sin fin. A muy poca distancia esa línea de encaje blanco sobre terciopelo azul se rompía, al fin, con el tono marrón de tierra firme, y Simón quitó un instante la mano del mando para señalar hacia allá.

—Las Bermudas, por fin, señor.

Charles Alan Pitzer, jefe del Sector de Nueva York de la CIA, asintió con la cabeza. Su expresión era concentrada, sombría.

—Esperemos que no le haya ocurrido nada grave —musitó.

—¿A Brigitte? —sonrió su ayudante—. Usted bromea, sin duda.

—Algún día le ocurrirá algo irremediable… —susurró Pitzer—. Ella no es una mujer corriente. Se mete en líos incluso por su propia cuenta.

—No podemos asegurar que esté metida en un lío, señor.

—¿No? Pues no la conoce usted bien, amiguito. Hace una semana fui a buscarla a su apartamento para encargarla del asunto de Santaluz, y no estaba. Aparte de que el asunto de Santaluz sólo queremos confiárselo a ella, no es eso lo que me preocupa, sino sus… desapariciones.

—Usted y yo sabemos, señor, que Número Uno está vivo… y que Brigitte va a reunirse con él de cuando en cuando. Por sí sola, ella sabe cuidarse perfectamente. Pero, además, hay que reconocer que ninguna mujer puede correr peligro teniendo cerca a Número Uno.

—Ojalá fuese eso… —Se esperanzó Pitzer—. Brigitte es muy… temperamental, y si ama a Uno, por mí está bien y tiene derecho a esas pequeñas satisfacciones personales. Pero no creo que esté con él.

—Tampoco tiene motivos para creer otra cosa, señor… Yo creo que usted se está alarmando en vano. Cierto que ni Peggy, ni Miky Grogan, ni siquiera Frank Minello, ni hasta nosotros mismos, sabemos adónde fue hace una semana, pero eso no indica forzosamente que esté en peligro. Ella es muy independiente, eso es todo… Vamos a llegar en cinco minutos.

Charles Alan Pitzer asintió y permaneció en silencio unos segundos.

—Lo que me tiene preocupado en realidad —dijo de pronto— es el interés que ella demostró por ese chino llamado Chi-Mao. Y me pregunto si fue una casualidad que ella fuese a la floristería cuando yo no estaba… o permaneció al acecho y no entró hasta que me vio salir. ¿Por qué se interesaría ella por Chi-Mao?

—No sé… Ella fue a la floristería y me pidió que llamase a la Central, preguntando si teníamos algún dato sobre un chino llamado Chi-Mao. De la Central me contestaron que no, y eso fue todo. Ella se fue… y no la ha vuelto a ver nadie.

—¿Por qué se interesaría ella por Chi-Mao? —insistió Pitzer—. A fin de cuentas, ese hombre no consta en nuestros archivos, ni hemos conseguido saber nada de él. Posiblemente en las subagencias de Asia sepan algo, pero no en la Central. Y si saben algo los de Asia será tan poca cosa, o tan reciente, que no han tenido tiempo de pasar el informe a la CIA.

—Quizá ni siquiera lo han considerado necesario.

—Pero alguien debió decirle algo a Brigitte sobre Chi-Mao. ¿Por qué demonios se tenía que interesar ella por un chino?

—Descendemos, señor. Y no hace falta que nos preocupemos más por esos interrogantes. Brigitte nos los explicará todo… De otro modo, no veo para qué tenía que enviarnos un telefonema a la floristería desde Hamilton. Y urgente.

—No sé… No me gusta esto. Conozco a Brigitte mejor que nadie… Y no me gusta esto.

—Lo que no me gusta a mí es que el aeropuerto de Bermuda esté tan lejos de Hamilton, la capital. Espero que podremos alquilar un taxi o que haya pronto un «bus»… De todos modos, en menos de una hora podemos estar en el Honey Bay Hotel, donde ella nos está esperando…

Capítulo IV

El conserje colgó el auricular y miró amablemente al mayor de los dos caballeros.

—La señorita Montfort los está esperando, señor. Es una dama muy agradable, ¿verdad?

Charles Alan Pitzer se quedó atónito mirando al conserje de recepción del Honey Bay Hotel, en Hamilton, capital de las islas Bermudas.

—¿Ha dicho… una dama? —musitó.

El hombre parpadeó, tan atónito como Pitzer.

—He dicho una dama, señor, en efecto. Al menos, ésa es mi opinión.

—Sí, entiendo… Y le resulta… agradable.

—Muy agradable, señor, A decir verdad, he conocido pocas señoras como ella. Aunque debería decir que no he conocido ninguna. La señorita Montfort es… ¿cómo le diría yo, señor…?

—¿Sensacional?

—¿Sensacional, señor? Vaya, no sé exactamente. Para mí, la palabra sensacional tiene… otro significado bastante diferente. No, no… Digamos… Vaya, no se me ocurre una definición mejor que la de antes, señor: ella es una gran dama muy agradable. Yo diría que… sensacionalmente agradable. Se nota que ha viajado mucho, que conoce el mundo, la gente… Es muy grato tratar con ella.

Simón y Pitzer cambiaron una mirada. Pitzer pareció a punto de decir algo más al conserje, pero cambió de idea y se dirigió a las escaleras. El hotel era de dos pisos solamente y no valía la pena instalar ascensor.

Llegaron al segundo piso, miraron las puertas y caminaron hacia la que mostraba el número 14. Simón fue quien llamó a la puerta, mientras Pitzer, siempre con el ceño fruncido, miraba a ambos lados del pasillo. Tratándose de asuntos relacionados con Baby, uno

nunca sabía por dónde podía aparecer la sorpresa.

Pero no hubo sorpresa. Simplemente la puerta se abrió y una anciana apareció ante ellos.

—Mmm… Perdone, señora… Estamos buscando a la señorita Montfort, y nos han dicho que en la *suite* catorce…

La dama retrocedió un paso, haciéndoles señas de que entrasen en la *suite*. Luego cerró la puerta tras ellos y los dos espías se volvieron con una sonrisa de simpática cortesía en los labios. Indudablemente, el conserje había tenido razón: aquella dama era encantadoramente agradable. El pobre hombre debía sufrir alguna confusión entre Brigitte y aquella anciana. Parecía tener no menos de setenta años y sus cabellos eran blanquísimos, igual que nieve. Llevaba un vestido excesivamente juvenil para ella, por lo que resultaba un tanto entre graciosa y ridícula. Sus manos eran bellas, pero muy arrugadas. Su cuello era fino, airoso, elegante, pero ya lógicamente ajado, arrugado por aquellos setenta años de vida. Frente despejada, inteligente, como abierta a todo lo que el mundo pudiera ofrecer a su mente. La boca tenía una triste sonrisa un tanto crispada, y en la barbilla se veía un hoyuelo vertical, algo alargado, que en su juventud debía haber resultado sencillamente enloquecedor. Pero lo más extraordinario en aquella anciana eran sus grandes ojos, vivos, aún luminosos, de un tono azul asombroso, diáfano, como transparente. Si se hubiera llevado a cabo un concurso para elegir a la anciana más bella y agradable del mundo, aquella dama lo habría ganado por unanimidad.

—Esto… ¿No está la señorita Montfort? —musitó Pitzer.

—Tío Charlie… —murmuró la anciana—. ¿No me reconoce?

Charles Alan Pitzer notó como si su sangre se hubiera congelado de pronto en todo su cuerpo. Simón estaba petrificado, pálido como un muerto. Aquella voz… Una voz un tanto cascada, temblorosa… pero inconfundible.

—Brigitte… —jadeó Pitzer—. ¿Es usted?

—¿Han traído un avión particular, como pedía en mi telefonema? —Tembló la voz de la anciana.

—Sí… Desde luego, sí… Oh, vamos, nos ha asustado usted. ¿Es necesario el disfraz con nosotros?

Simón sonrió, como si al mismo tiempo le estuvieran haciendo el *hara-kiri*.

—Me ha dado un susto de muerte… Si está en peligro, dígalo, y nosotros arreglaremos eso. Yo… Bien, déjeme decirle que es el disfraz más logrado de cuantos ha utilizado usted, Baby. Recuerdo el de aquella vez que…

—No es un disfraz, Simón —tembló de nuevo la voz de la anciana.

—¿Có… có… cómo… cómo…?

—No es un disfraz. Tengo setenta años, ahora. Y mañana tendré ochenta. Y pasado mañana tendré noventa… Me siento fuerte aún, pero no creo llegar a los cien…

De pronto, Charles Pitzer enrojeció violentamente.

—¡Si nos ha llamado para gastarnos esta estúpida broma…!

—No es una broma, tío Charlie: tengo setenta años. No nací hace setenta años, pero ahora tengo setenta años.

—¡Brigitte, sus genialidades se pasan de la raya! ¡Díganos de qué se trata esta vez!

—No le estoy tomando el pelo. Vengan, por favor.

Tomó de una mano a Pitzer, que notó la de ella muy fría, endurecida, huesuda.

Exactamente como la tendría una dama de setenta años, por lo menos.

Con andar un tanto vacilante, la anciana los llevó al dormitorio. Sus pasitos eran menudos, inciertos… Aún gallardos, pero notándose en ellos la edad, el cansancio, la vejez…

—Ustedes… me han visto en *bikini* muchas veces… —murmuró la anciana—. Incluso usted, tío Charlie, en alguna ocasión me ha visto desnuda, porque es un sinvergüenza… Vea esto… Míreme bien: ¿cree que es un truco de maquillaje?

La anciana se quitó la ropa con movimientos torpes. Los dos hombres la contemplaban entre atónitos y estremecidos. Cuando ella quedó completamente desnuda, ambos volvían a estar lívidos como cadáveres. Sabían muy bien que la agente Baby era capaz de maquillarse hasta parecerse a la mismísima Cleopatra momificada. Con su rostro había conseguido poco menos que milagros: se había disfrazado de anciana en varias ocasiones; de muchacho, de rubia, de pelirroja, de mulata, de criolla… De mil cosas. Había maquillado su rostro y sus manos, pero… no el cuerpo.

Y ahora, el cuerpo que veían correspondía sin lugar a dudas a

una mujer de setenta años. Asombrosamente, la piel tenía aquel fantástico tono dorado, pero… estaba muy arrugada, Habían pliegues en el vientre, los muslos estaban flojos, blandos… Se notaban los huesos de las caderas y de las piernas; los bellos senos de la espía internacional se veían consumidos, caídos, blandos; habían arrugas en el cuello, en el pecho, en los hombros inertes, sin fuerza… Sumidos en el más absoluto terror, los dos espías contemplaban a aquella anciana que ellos sabían positivamente que era la agente Baby. Pocos meses atrás, en julio, había cumplido treinta años. Ahora… tenía setenta. ¡Los tenía, al menos en el cuerpo!

—P-p-por el… el… el amor de… D-D-Dios… —tartamudeó Simón—. ¿Qué… qué es… esto…?

La septuagenaria señorita Montfort se echó a llorar, de pronto, con gran violencia. Se llevó las manos al rostro y se dejó caer sentada en el borde de la cama, con tal torpeza de movimientos que casi cayó al suelo… Habría caído si Simón no le hubiera sujetado por un brazo… En varias ocasiones había llevado del brazo a su más admirada espía y había notado aquella carne fresca, elástica, poderosa, sana, fina, juvenil… Ahora notó una carne blanda, lacia, floja, que parecía colgar milagrosamente del hueso. Charles Pitzer parecía a punto de desmayarse de un momento a otro. O quizá de morir, tal era su palidez. En un par de ocasiones, en efecto, y con abuso de confianza, había sorprendido desnuda a Brigitte. Y, por supuesto, aquél no era el cuerpo de la divina espía… No. Aquél no era su cuerpo. Se parecía, pero… no lo era. Y no había truco allí. No había engaño, ni maquillaje…

—Dios mío… —gimió al fin Pitzer—, ¡Dios mío!

—Brigitte… —Casi lloró Simón—. Brigitte, querida, díganos qué le ha pasado, qué podemos hacer por usted… ¡Por el amor de Dios, díganos qué tenemos que hacer!

La anciana señorita Montfort estaba ahora llorando a lágrima viva, con profundos hipidos, con un desconsuelo que destrozaba los ánimos de los dos espías. Sus hermosos ojos, ahora bordeados de profundas arrugas, estaban velados por las copiosas lágrimas…

—Simón… —gritó—. Lléveme a la Central… ¡Llévenme ahora mismo a la Central! ¡Ahora, tío Charlie, ahora…!

—Sí, Brigitte, sí… Tenemos la avioneta en Bermuda Airport.

Saldremos inmediatamente hacia Langley. En poco más de tres horas estaremos allí… Voy a bajar su equipaje, pagaré la cuenta, pediré un taxi… ¡Simón, ayúdela!

Pitzer salió de la *suite* casi tambaleándose. Simón recogió las ropas de la anciana y comenzó a vestirla, mientras ella permanecía pasiva, sin colaborar, llorando ahora más calmada, llenando de lágrimas su arrugado rostro, sus fláccidos senos…

—Ya tengo medio año más… —gemía—. ¡Ya tengo medio año más, Simón! Y mañana tendré ochenta años, y pasado mañana, noventa…

—Cálmese… —tartamudeó Simón—. Brigitte, por favor, cálmese. Esta tarde estará en la Central… La ayudaremos, haremos todo lo que sea necesario por usted.

Acabó de vestirla, notando de cuando en cuando en sus manos aquella carne vieja, blanda y estremeciéndose continuamente. Estaba terminando cuando apareció Pitzer, con unas gotas de sudor en la frente, desencajado el rostro.

—Todo arreglado… —jadeó—. Hay un taxi esperando…

—La avioneta… —imploró Brigitte—. ¡La avioneta…!

—Está lista. Está preparada, Brigitte… Pedimos que la revisaran en el aeropuerto, que pusieran combustible… Sólo tenemos que llegar allá y partir…

Capítulo V

La avioneta despegó de la pista del Bermuda Airport, llevando ahora tres pasajeros, dos de los cuales escuchaban las explicaciones del último, de la bella anciana que parecía ir envejeciendo por minutos. Había intentado fumar, pero comenzó a toser, sus ojos se llenaban de lágrimas y tuvo que desistir. Abajo, el mar azul con adornos blancos, como una puntilla. Detrás quedaban las hermosas islas Bermudas, con sus formidables playas, sus palmeras, sus grandes árboles de extensa sombra… Un paraíso para los turistas… que iban allí como auténticos turistas.

—… Y cuando se fueron dejé de fingir… Yo quería que… que no me mataran, y Theodore Franklin tuvo ese rasgo de piedad. Aunque creo que fue… más bien un rasgo de crueldad… Me dejaron encerrada, pero conseguí abrir la puerta utilizando como ganzúa un llavero de aro metálico de Chi-Mao. No sé cómo pude llegar a Hamilton, y… me alojé en el Honey Bay Hotel porque no podía ir al otro, donde me habían visto cuando… cuando tenía cuarenta años menos… y les envié el telefonema desde el hotel…

—Esto parece una pesadilla… —murmuró Simón—. ¡Una horrible pesadilla!

—¡Ojalá fuese… una pesadilla! ¿No lo entiende, Simón? Ese líquido, ese «Seculorum», es… una fórmula para acelerar la vejez, provocando un desgaste terrible del organismo… En cuatro días he envejecido a razón de diez años por día… Hace cuatro días tenía treinta años… ¡Ahora tengo setenta! Y mañana tendré ochenta…

—¡Pero por Dios…! —aulló Pitzer—. ¿Por qué tuvo usted que meterse en eso, quién la obligó a ello…?

—Tuve… un aviso desde Europa, de un amigo mío, que me decía que un chino llamado Chi-Mao llegaría a las Bermudas, y que tenía algo que podía resultar interesante. Así que… que fui al Bermuda Airport, vi llegar al chino y lo seguí hasta la villa que

Theodore Franklin tenía alquilada, les coloqué los micrófonos, quise apoderarme de esa fórmula «Seculorum» y cuando…

—¡Ya nos ha contado eso! ¿Por qué no me avisó? ¿Por qué no me dijo lo que pretendía hacer? Le habría asignado a un par de compañeros, no habría estado sola…

—Creí que sería… más fácil… No sé… Estoy tan cansada…

—¿Quién la avisó desde Europa? ¿Número Uno?

La anciana Brigitte Montfort miró vivamente a Pitzer.

—Número Uno… —susurró—. El sigue… sigue teniendo treinta y… treinta y…

De pronto rompió a llorar, con un desconsuelo tal que Simón pensó que le habría gustado morirse en aquel mismo momento. Habría sido mejor que notar aquella profunda angustia, aquel odio contra todo y contra todos. Verdaderamente, Baby iba envejeciendo a ojos vistas… Era algo estremecedor, horrible. Se iban marcando más las arrugas, el brillo de los azules ojos se iba apagando, los labios iban quedando más y más exangües, pálidos… Los cabellos ya no podían ser más blancos… Una anciana adorable, bella, elegante, absolutamente señorial, pero… eso ocurría cuando aquella anciana acababa de cumplir treinta años. Estaba envejeciendo a razón de diez años por día. Eso quería decir que al día siguiente tendría ochenta años. Al otro, noventa. Luego, cien…

¿Cuántos años podía vivir Brigitte Montfort? Aun suponiendo que fuese una persona destinada a ser muy longeva, podía alcanzar noventa años… Quizá cien. Llevando las esperanzas a un extremo absurdo, puramente ilusorio, se podía calcular que una persona como ella podía quizá vivir hasta los ciento diez años… Es decir, cuatro días más, como máximo. Cuando pasasen cuatro días, el organismo de Brigitte Montfort, alias Baby, habría envejecido cuarenta años… si es que llegaba a los ciento diez, cosa muy poco probable. Ni siquiera era probable que llegase a los cien. Muy pocas personas llegan a los cien años.

Es decir, que dentro de dos o tres días, cuando Brigitte hubiera cumplido los noventa o los cien años… ¿qué podría esperarse? El único desenlace posible estremeció a Simón. Se imaginó a Brigitte, en la Central, rodeada y contemplada por los altos jefes, por compañeros, que irían viendo cómo cada día envejecía diez años, sin poder hacer nada…

Dos… Tres… Quizá cuatro días. Luego… lo inevitable.

* * *

Diecisiete días más tarde, un yate que llevaba el nombre de *Abismo* llegó a Puerto Luz, capital de la pequeña nación sudamericana de Santaluz, situada entre Venezuela y Colombia, con costas al mar Caribe. Un hermoso yate, de unos sesenta pies de eslora, blanco, hermoso… Llegaba a Puerto Luz en una radiante mañana de sol, cielo azul completamente despejado… Atrás, hacia el Este, había quedado la zona costera llena de torretas de extracción de petróleo. Delante se veía Puerto Luz, la hermosa ciudad que parecía una blanca mancha en la oscura tierra costera, con hermosas playas a ambos lados, llenas de mangos y cocoteros.

Por fin, el yate atracó en el lugar del puerto que le fue autorizado, y enseguida el hombre que había estado esperando en el muelle, contemplando la maniobra, pasó a bordo, saludando a la tripulación, que le acogió con muestras de amistad, dándole palmadas en el hombro, riendo diversas bromas. Luego el hombre bajó al interior del yate, recorrió el pasillo de los camarotes y entró sin vacilar en uno de ellos.

Theodore Franklin se volvió al oír abrirse la puerta, vio al hombre y una ancha sonrisa apareció en sus labios.

—¡McKinley! —exclamó alegremente—. ¿Cómo estás? ¿Todo bien?

—Todo bien… —Estrechó McKinley la mano de su jefe y amigo —. Han sido unas vacaciones para mí. Casi debo agradecerle a aquella señorita Montfort que me metiera una bala en el hombro.

—¡Vamos al salón! —rió Franklin—. ¡Esto hay que celebrarlo! ¡Hay que celebrar muchas cosas!

Salieron del camarote, muy risueños los dos.

—Ya leí en los periódicos la sorprendente noticia… —dijo con burla McKinley—. Ha causado sensación en todo el mundo. Y se dice que varios emisarios doctores han salido hacia Koluva para hacerle la autopsia al presidente Obongo.

—¡Pueden hacerle todas las autopsias que quieran! —volvió a reír Franklin—. ¡No encontrarán nada que los oriente! Todo lo que habrán podido ver es el cadáver de un anciano muy anciano que ha

muerto… de vejez.

—Una vejez sorprendente, que le llegó en cuatro días, ¿no?

Volvieron a reír los dos. Franklin sirvió dos *whiskys* y se sentó en el diván corrido bajo el largo y estrecho ventanal del yate, junto a su lugarteniente.

—La «Seculorum» ha sido un éxito completo, McKinley. Por dos veces ha actuado como dijo Chi-Mao. Y teniendo la fórmula es fácil fabricarlo. Relativamente, claro.

—Entiendo. ¿Cómo fueron las cosas por Koluva, con nuestro cliente?

—Oh, bien… El joven coronel Kingo está ahora al frente del país. Y le ha salido muy barato, en cierto modo. Si hubiera tenido que organizar una revuelta, todo se habría complicado mucho: habría tenido que comprar armas, sobornar a muchos oficiales y tropa de Koluva, hacerse mal ver por la gente del país como revolucionario, provocar una guerra civil que habría ocasionado muchas víctimas… Todo esto, prácticamente, lo habría anulado como sucesor del presidente Obongo, aun en el supuesto de que hubiera triunfado en su revolución. Pero al morir el presidente Obongo a causa de una… extraña enfermedad, Kingo ha ocupado el poder pacíficamente, automáticamente. Sin guerra civil, sin riesgos, sin muertes, sin necesidad de comprar armas ni sobornar a nadie… Una cosa sencilla. A rey muerto, rey puesto. Y como Kingo era muy querido por Obongo y estaba destinado a sucederle, todo el mundo en Koluva ha aceptado la situación con tranquilidad.

—Sólo que el muy ambicioso coronel Kingo no ha tenido que esperar cuarenta años a que falleciese Obongo, sino tan sólo cuatro días.

—¡En efecto! El coronel Kingo, que quizá hubiese muerto de viejo antes que el presidente Obongo, no quiso correr ese riesgo. Es un hombre muy ambicioso, McKinley. Y ha quedado muy contento de nosotros… ¿Cómo iba él a soñar que podía deshacerse de Obongo sin disparar un solo tiro, sin organizar una revuelta que le habría hecho impopular? Por el contrario, desde el primer día de… vejez prematura de Obongo, ha estado con él, cuidándole personalmente. Eso le ha conseguido muchas simpatías en Koluva. En fin, que él es ahora presidente de Koluva, y nosotros hemos cobrado nuestra parte.

—¿Cuánto?

—Setecientos cincuenta mil dólares americanos.

—¿Solamente eso? —exclamó McKinley.

—El coronel Kingo no disponía de más. Sin embargo —sonrió de nuevo Franklin—, dentro de un año nos entregará otros setecientos cincuenta mil. Se ha comprometido a eso.

—Ah… Eso cambia. Un millón y medio por el… asesinato pacífico de un personaje. Formidable. Parece que a partir de ahora no tendremos que complicarnos mucho la vida para vivir espléndidamente…

—Desde luego. De momento tenemos esos tres cuartos de millón, que no está mal. Pero, además, pronto vamos a ganar otro tanto. ¿No te preguntas por qué te telegrafié para que nos reuniésemos aquí, en Santaluz?

—¿Otro trabajo?

—En efecto. Y aquí mismo, en Puerto Luz.

—¿Quién es el… futuro anciano? —rió McKinley.

—El general Anselmo Robledo.

—Oh…

—¿Sorprendido?

—Pues… no mucho, claro. El general Robledo es un dictador de primera línea, y supongo que alguien se ha cansado de él. Parece que su jefatura en el país no es del agrado de algunos, evidentemente. Pero como una revolución sería muy costosa y penosa, han recurrido a nosotros, igual que hiciera el coronel Kingo, de Koluva. No hay que olvidar que el general Robledo cuenta con muchos partidarios, y que una revolución en esas condiciones sería terrible. Por tanto, han decidido eliminarlo siguiendo el patrón del *modus operandi* de Koluva. Así no habrá revolución, no ocurrirá nada… y el general Robledo morirá, víctima de esa extraña… enfermedad.

—¿Quién ocupará su lugar?

—No tengo la menor idea. Ni me interesa, te lo aseguro. Todo lo que nos interesa a nosotros es el dinero… ¿O no? Simplemente, tenemos que inyectar al general Anselmo Robledo, y cobrar. A propósito de cobrar: me han pagado ya un anticipo de doscientos cincuenta mil dólares.

McKinley lanzó una exclamación y se frotó las manos

alegremente.

—¡Demonios, esto va espléndidamente! ¿Para quién estamos trabajando ahora?

—Para los rusos.

—¡Atiza! ¡No puedo creerlo!

—¿Por qué no? El general Robledo recibió hace unos meses un grandioso envío de armas procedente de Estados Unidos, y gracias a eso mantiene el poder con sus tropas leales. Está claro que Estados Unidos prefieren una dictadura bajo un cierto control suyo a la posibilidad de que Santaluz se convierta en una segunda Cuba, bajo las directrices comunistas.

—Y Rusia ha decidido hacer su propio juego.

—Claro. Quieren eliminar a Robledo, y es de suponer que cuentan con alguien muy conveniente para ellos para encargarse de la jefatura del país al fallecimiento de Robledo. Pero quieren hacerlo sin escándalo, como si nada hubiera pasado. Es una jugada que va a escocer mucho a Estados Unidos.

—Bien… ¿Cuánto te pagarán en total?

—Cuando haya fallecido Robledo, recibiremos un millón setecientos cincuenta mil dólares más.

—¡Dos millones en total! Fantástico… ¿Cómo se pusieron los rusos en contacto contigo?

—Bien… Ya sabes cuál es nuestro sistema: algunos de nuestros agentes bien distribuidos deslizan ciertos detalles que, lógicamente, son captados por agentes secretos internacionales. Dos de ellos, de la MVD, se pusieron en contacto con uno de nuestros hombres y éste me comunicó sus pretensiones y el precio que estaban dispuestos a pagar. Acepté, y a mi regreso a Casablanca tuve una entrevista con los dos soviéticos. Llegamos a un acuerdo, me dieron el anticipo y eso es todo. No creo que tarden en aparecer por aquí para darnos las últimas instrucciones. Mientras nosotros cruzábamos el Atlántico en el yate, ellos se vinieron ya, en avión, hace días. Se supone que nos están preparando el trabajo.

—Vaya… Parece que nos vamos a pegar la gran vida. ¿Tienen ellos medios de facilitarnos llegar hasta el general Robledo?

—Es evidente. También el coronel Kingo nos ayudó a llegar hasta el presidente Obongo. Ten en cuenta que debemos llegar hasta nuestro objetivo para poder ponerle la inyección de

«Seculorum». Claro que… hay otro medio, que he perfeccionado últimamente, durante la travesía.

—¿Qué medio?

—La bala inyectable. El procedimiento es el que se utiliza para disparar narcótico a los animales salvajes a los que se quiere curar o colocar señales de control… Se dispara el inyectable, éste se clava en la piel del animal y el líquido penetra en el cuerpo. Una vez dormido, hacen lo que quieren con él.

—Sí, sí… Ya sé. Con un rifle especial y jeringuilla especiales puede hacerse así. Pero hay un riesgo en esto, Theodore.

—¿Cuál riesgo?

—Si disparamos la jeringuilla desde lejos no podremos retirarla. La encontrarían, y entonces…

—Ya pensaremos en eso. Además, falta saber qué facilidades van a darnos los rusos. Pensaremos en los problemas cuando tengamos todos los datos. No se pueden hacer sumas sin todos los sumandos, McKinley.

—Eso es cierto. Esperaremos a esos rusos, pues. ¿Habló Varinov con ellos?

—Sí, claro… ¿Por qué?

—Bueno… Como Varinov es ruso, si alguien pretende engañarnos en ese sentido…

—Tonterías. Eran rusos. Varinov ni siquiera hizo el menor comentario al respecto después de estar hablando un rato con ellos en su idioma; y si ni siquiera hizo comentarios, es que todo lo encontró bien, natural y normal. Estaba contento por haber podido hablar en ruso, eso era todo… ¿Qué pasa, Slack?

Éste, que acababa de descender, señaló por encima del hombro hacia cubierta.

—Hay un hombre que trae un mensaje para usted.

—¿De quién?

—No lo ha dicho. Dice que tiene que entregárselo en persona.

—Está bien… Que baje. Pero baja tú tras él y vigílalo atentamente. Supongo que te has asegurado de que no lleva armas.

—No lleva.

—Ve a buscarlo.

Slack regresó a cubierta para volver enseguida acompañado de un hombre menudo, de ojos grandes y negros, de expresión tímida,

como si a sus cincuenta años cumplidos aún temiera a cada momento que se fuesen a burlar de él por las dos grandes verrugas que tenía en la punta de la nariz. Se quedó mirando de McKinley a Franklin, indeciso, hasta que éste se presentó:

—Yo soy la persona que busca. ¿Y el mensaje?

—Perdone que haya insistido, señor… —dijo el hombre, en pésimo inglés—. Pero mi ama dijo que sólo tenía que entregárselo al señor Franklin.

—Sí, está bien… ¿Quién es su ama?

El hombrecito de las verrugas sonrió, sacó un sobre y lo entregó a Franklin, sin contestar. Franklin rasgó el sobre, sacó el papel, lo desdobló y murmuró algo disgustado antes de mirar a Slack:

—Ve a buscar a Varinov: esto está escrito en ruso.

De nuevo subió Slack a cubierta. En su regreso fue precedido por el gigante pelirrojo, que tomó el papel que le tendía Franklin, le echó un vistazo y sonrió.

—Esto lo ha escrito una persona culta, señor Franklin. El ruso que emplea…

—¿Qué pone ahí? —Gruñó Franklin—. Eso es lo que me interesa.

—Bien… Dice: «El hombre que le entregará este mensaje se llama Nicomedes; tiene dos verrugas en la nariz, y es de toda confianza. Si la nota no se la entrega él, haga caso omiso de estas líneas. Si todo está conforme, retenga con usted a Nicomedes hasta la noche. Él lo traerá junto a mí para concretar ciertos detalles».

—¿Eso es todo? —preguntó Franklin.

—Sí, señor.

—Muy bien. Nicomedes —se dirigió al hombrecillo Franklin en aceptable español—: ¿sabes que te tienes que quedar con nosotros hasta la noche?

—Sí, señor.

—De acuerdo. ¿Quién es tu ama? ¿Dónde está?

Nicomedes sonrió igual que un niño. Eso fue todo.

—De acuerdo… —masculló Franklin—. Será mejor que no te dejes ver mucho por cubierta. Por lo demás, puedes considerarte como en tu casa.

—Gracias, señor.

—Estoy harto de mar… —dijo Franklin mirando a McKinley—.

Y tengo ganas de pisar tierra firme. ¿Qué tal se come en este país?

—Llegué ayer, y no he podido saber gran cosa. Pero me temo que no muy bien.

—Habrá que intentarlo. Iremos juntos, McKinley. Almorzaremos, daremos una vuelta por la ciudad y volveremos por la tarde, con un coche que alquilaremos, para movernos por Puerto Luz. Varinov, tú te quedas al mando del *Abismo*. Y mucho cuidado con hacer tonterías tú o cualquiera de los otros.

—Descuide, señor Franklin.

Franklin hizo una seña a McKinley y se dirigió a la escalerilla. Ya con un pie en ésta se volvió y miró socarronamente a Nicomedes.

—Espero que tu ama no tenga verrugas, amigo: me disgustan las mujeres feas.

Capítulo VI

Entraron con el coche en los jardines de la quinta situada junto al mar, pasaron por un camino bordeado de altos árboles, junto a una piscina… Por fin, el coche se detuvo delante de la casa. Nicomedes fue el primero en apearse, acudiendo al encuentro de los dos hombres que se acercaban presurosamente. Habló con ellos unos segundos en voz baja y regresó al coche.

—Mi ama nos está esperando en la terraza —dijo—. Síganme.

McKinley y Franklin se apearon y fueron detrás del hombrecillo, que rodeó la casa por el lado de la piscina, frente a la cual, bajo una hermosa pérgola cargada de campanillas, había un par de mesitas, sillones de cañas y un hermoso sofá-columpio, en el cual se divisaba una figura de mujer, bajo la rosada luz del farolillo que pendía de una de las vigas cargadas de flores. Antes de llegar a ella vieron la brasa del cigarrillo, y por su longitud comprendieron que la mujer estaba fumando en boquilla.

Cuando llegaron allí, Nicomedes inclinó un instante la cabeza y se alejó en silencio. Los dos hombres contemplaban fijamente a la mujer… Podía ser cualquier cosa, menos fea. Quizá tendría treinta y cinco años, y su blanquísima piel destacaba, descubierta en los hombros y brazos, debido al vestido de noche de muy generoso escote. Sus cabellos eran negrísimos, peinados con raya en medio y recogidos en la nuca con un espeso moño de trenzas. Tenía los pómulos algo abultados y las cejas algo salientes. Su aspecto no podía ser más latino. Sus ojos, negrísimos, miraron de arriba abajo a Franklin y McKinley. Luego se empujó con un pie contra el suelo, haciendo mover el balancín-sofá, mientras señalaba los sillones con la boquilla.

—Siéntense… —dijo en español—. ¿Cuál de ustedes es Franklin?

—Yo. Él es mí… lugarteniente: McKinley.

—Bien. Yo soy María Carvajal. Es decir, aquí soy María Carvajal

desde hace algunas semanas. Como opino que no debemos andarnos con tonterías, aclararemos desde el primer momento que nuestro tema de conversación va a ser la muerte del general Anselmo Robledo. ¿Bien?

—Bien —musitó McKinley.

—También debo decirles que llevo aquí el tiempo suficiente para haberme convencido de que no será fácil conseguir eso. Por supuesto, mis amigos y yo contamos con medios suficientes para eliminar al general Robledo en unos minutos. Sin embargo, si hemos perdido tanto tiempo hasta ahora ha sido porque queremos hacer las cosas de manera que no haya… excesiva agitación por su muerte. Y por encima de todo, que no pueda sospechar nadie que esa muerte ha sido instigada por Rusia. Hemos pensado que sería muy conveniente que al general Robledo le ocurriese algo parecido a lo que le ocurrió hace días al presidente Obongo, de Koluva. El precio es alto, pero estamos dispuestos a pagarlo.

—Sabemos todo eso —murmuró Franklin.

—¿Y han pensado algo sobre el modo de conseguirlo?

—Bueno… Estábamos esperando a que ustedes nos dieran alguna indicación. Pero, desde luego —se apresuró a añadir Franklin—, si prefieren que lo hagamos solos, por nuestra cuenta, no tengo inconveniente.

—Ah… Magnifico. ¿Cómo lo harían?

—No sé aún.

—Ni lo sabrá. Mire, señor Franklin: ni usted ni ninguno de sus hombres conseguirla llegar jamás junto a Robledo sin mi ayuda. Por eso les he llamado. Vamos a trabajar juntos, pero ustedes harán el trabajo cuando yo les indique y de tal modo que no pueda haber sospechas contra la MVD. Me parece que no puedo hablar más claro.

—No… No puede hablar más claro. ¿Qué ayuda aportaría usted?

—Los introduciría en el domicilio privado del general… —Alzó rápidamente una mano—. Naturalmente, sin riesgo alguno, con todos los honores.

—¿Cómo conseguirá eso?

—Hace unos días, finalmente, me las arreglé para que alguien me presentase al general Robledo. ¿Les parezco hermosa?

La pregunta fue hecha con fría indiferencia, quizá porque María

Carvajal sabía que la respuesta sólo podía ser una.
—Mucho… —susurró Franklin—. Muy hermosa.
—Lo mismo opinó el general… —sonrió aún más fríamente la mujer—. Digamos, aun pecando de cursis, que quedó prendado de mis encantos. Es un hombre… desagradable.
—¿Desagradable? ¿En qué sentido?
—Oh, no en el físico, desde luego. Aunque tampoco es precisamente tan apuesto e interesante como usted, señor Franklin. Yo me refería a que el general es… un ave de rapiña. Todo cuanto le gusta, lo quiere, sea como sea. Lo mismo da que sea un país… o una mujer. ¿Me están comprendiendo?
—Desde luego —sonrió Franklin—. Por lo menos, hemos de admitir que el general Robledo tiene buen gusto… en cuanto a mujeres. La vio a usted y ahora la quiere… ¿No es eso?
—Eso es exactamente. Estos días me ha llamado tres o cuatro veces por su línea privada. No son asuntos de gobierno los que pretende tratar conmigo, desde luego.
—¿Le ha dado usted esperanzas? —sonrió McKinley.
—Naturalmente. A todos los efectos, yo estoy en Santaluz como una repatriada que durante bastantes años ha vivido en Europa, casada con un inglés de gran fortuna. He quedado viuda y he regresado a mi patria, con mis millones. Llevo aquí una vida apacible… y aburrida.
—Y el general considera que él puede contribuir a que su aburrimiento termine.
—Sí. Pero no puede… pretenderme de modo oficial, ya que está casado. Sería escandaloso, ¿no es cierto? Por tanto, él está buscando el medio de llegar a mí según sus conveniencias. Ayer recibí una invitación a una fiesta que da mañana en su domicilio. Y presiento que el general está pensando aprovechar la ocasión para hacerme algunas proposiciones. Cosa que no haría si fuese un gobernante serio, honrado y consciente del respeto que debe al cargo que ostenta. Sin embargo, como les he dicho, es un hombre desagradable, que no quiere perderse nada. Es un ave de rapiña, vulgar, egoísta, ineducado, sin principios que hayan formado con firmeza su carácter. No sirve para gobernar. Y como además sus tendencias políticas no me interesan ni a mí ni a la MVD, hemos decidido eliminarlo.

—Me pregunto cómo llegó ese hombre a general primero y a jefe nacional después.

—Hay mucha gente que sabe eso: aparte de sus métodos siempre vulgares y expeditivos, fue ayudado por la CIA. Recibió ayuda en todos los sentidos, incluso cargamentos de armas. Parece que a Estados Unidos no le importó poner al frente de Santaluz a un hombre de la condición moral de Anselmo Robledo, siempre y cuando Robledo acepte «sugerencias» norteamericanas.

—No debe culpar demasiado a Estados Unidos por eso… —sonrió Franklin—. Al fin y al cabo, ustedes pretenden eliminar a Robledo para que ocupe su lugar otro hombre que será afecto a Rusia… ¿No es eso?

—Sí. Pero no queremos choques entre los servicios secretos respectivos. Por eso intervendrán ustedes. Y quisiera tener la seguridad de que no van a fallar en ningún sentido. Rusia no debe ser mencionada para nada en este asunto, suceda lo que suceda. Lo contrario desagradaría profundamente a los… servicios especiales de la MVD.

—¿Nos está amenazando?

—Sí. Pagamos dos millones de dólares: por tanto, queremos un trabajo perfecto. Como el de Koluva, insisto.

—Lo haremos. Pero dígame cómo podremos entrar en el domicilio del general…

—Usted vendrá conmigo. ¿Tiene *smoking*?

—¿Con usted? Pero si nos ven juntos…

—No se preocupe por eso. A menos que las cosas salgan mal, señor Franklin. No obstante, debo decirle que aunque usted hiciera algo mal yo no correría ningún riesgo. Lo tengo todo previsto, incluso de forma que Rusia no sería mencionada. Deje esos detalles de mi cuenta. Y si quiere un buen consejo, ocúpese de usted y de sus hombres. De mí yo sé muy bien cómo cuidarme.

—Tengo que admitir que en algunas semanas de estancia aquí ha tenido tiempo de prepararlo todo muy bien. Al menos, para sus conveniencias o necesidades. Ahora, díganos cómo actuaremos nosotros para que todo resulte… seguro y pacífico. Mmm… Sí, tengo *smoking*, naturalmente… Puedo presentarme mañana en esa fiesta impecablemente vestido.

—Lo creo… —sonrió de pronto María Carvajal—. Por otra parte,

usted quedaría bien con cualquier clase de ropa, señor Franklin.

—Gracias… —sonrió Franklin—. Es usted muy amable. Dígame: ¿no puedo saber su verdadero nombre?

—¿Acaso le he preguntado yo el verdadero nombre de usted?

—Pues… no. Pero ni siquiera sabe si mi nombre…

—Vamos, vamos… ¿Va a decirme que se llama realmente Theodore Franklin? Por supuesto que no, pero no me importa. Los nombres no significan nada, señor Franklin, pero sirven a veces para complicarle la vida a una persona. Veamos: ¿cómo hicieron el trabajo con el presidente Obongo, de Koluva?

—Le fue inyectado cierto líquido.

—¿De veras? ¿Y eso fue suficiente para ocasionarle la enfermedad tan extraña de que tanto han hablado los periódicos y que lo… lo…?

—Lo envejeció cuarenta años en cuatro días. Su ciclo de vida fue adelantado a un ritmo increíble, hasta que… murió de viejo, víctima de esa extraña enfermedad.

—Asombroso… ¡Y muy conveniente! Lo utilizaremos con el general Robledo, desde luego.

—Si logro llegar hasta él. Habíamos pensado dispararle una cápsula inyectable que…

—¡Ni hablar de eso! —exclamó María Carvajal—. ¡Nada de dejar rastros de ninguna clase! Yo le permitiré llegar hasta el general, e incluso se lo dejaré en condiciones para que usted haga su parte. Respecto a ese líquido, señor Franklin, es posible que Rusia estuviera dispuesta a pagar una cantidad que…

—No está en venta.

María Carvajal se lo quedó mirando fijamente unos segundos. Por fin encogió los blanquísimos hombros.

—Está bien, ya hablaremos de eso en otra ocasión… Pueden retirarse.

—¿Retirarnos? Pero tenemos que hablar de…

—Aún me falta conseguir un pequeño detalle. Mañana hablaremos de los toques finales. ¡Piotor! ¡Basili!

Los arbustos cercanos de flores se movieron y dos hombres altos, atléticos, aparecieron en la pérgola, guardándose las pistolas. McKinley había palidecido ligeramente, pero Franklin los reconoció enseguida y frunció el ceño, mirando a María Carvajal, que lo

contemplaba sonriente.

—En el espionaje, señor Franklin, ocurren miles de cosas a cuál más rara, extraordinaria, sorprendente. Como yo he escarmentado ya en diversas ocasiones por mi falta de precaución, he decidido hace una temporada que ya no voy a cometer más fallos. Ya conoce usted a Piotor y a Basili de su entrevista en Casablanca.

—Sí… los conozco. Ellos me contrataron.

—Pero no yo. No le conocía, así que decidí no correr riesgos, y ellos se colocaron bien ocultos, pistola en mano, por si ocurría una de esas cosas extrañas tan frecuentes en el espionaje.

—¿Por ejemplo? —murmuró Franklin.

—Pues, por ejemplo, usted podía no haber sido usted. Podía haber sido otra persona que hubiera sabido algo, que quisiera llegar hasta el núcleo de nuestro grupo para eliminarnos… ¿Comprende, señor Franklin?

—Sí. Veo que quiere vivir muchos años… ¿Está ya convencida de que yo… soy yo?

—Si usted no hubiera sido usted, ahora yo estaría contemplando su cadáver. ¿No es cierto, Piotor?

El espía ruso contestó en su idioma, y María Carvajal asintió con la cabeza.

—Ha dicho que sí es cierto —sonrió de nuevo—. Ha sido un placer conocerlo, señor Franklin. Hasta mañana.

—¿A qué hora…?

—Yo le llamaré, Piotor va a entregarle una radio pequeña y le llamaré por ella. Tenga cuidado con ella: es muy útil. Y ahora, mis amigos los acompañarán hasta el coche que han alquilado… *Dosvidaña*.

—Bien… Esto…

—*Dosvidaña*, en ruso, quiere decir «adiós», señor Franklin.

—Entiendo. Buenas noches.

Poco después los dos se alejaban en el coche, con McKinley al volante y Franklin a su lado, mirando con curiosidad la pequeña radio de bolsillo.

—Esa mujer me ha producido escalofríos —dijo de pronto McKinley—. Es como… como un trozo de hielo.

—Pero muy hermosa… —musitó Franklin—. Parece que los servicios secretos tienen predilección por las mujeres hermosas.

—¿Por qué dices eso?

—Me estoy acordando de aquella chica de las Bermudas, Brigitte Montfort… También era muy hermosa. Más que esta rusa. Claro que, cuando la dejamos en aquel sótano, no era muy hermosa, precisamente…

—Me hubiera gustado verla muriéndose de vieja, la muy puerca. Fue la primera vez que me enviaron al médico con un balazo.

—Siempre hay una primera vez… —sonrió pensativamente Franklin—. Y, francamente, prefiero morir de un balazo que envejeciendo a razón de diez años por día, solo y encerrado en un sótano con el cadáver de un chino… ¿Sabes cuántos años tendría ahora la señorita Montfort si aún estuviera resistiendo a la «Seculorum»?

—¿Cuántos?

—Unos… doscientos cuarenta o doscientos cincuenta.

—¡Eso sería algo digno de verse! —estalló en risas McKinley.

—Quizá… Pero, francamente, preferiría ver a María Carvajal. Digamos que es más… actual.

Y se echaron a reír los dos.

Capítulo VII

—¿Señorita Carvajal?

—¡Pase, señor Franklin! —Oyó éste al fondo del grandioso dormitorio—. ¡Estoy en el baño! ¿Le importa esperar unos minutos?

—No, no…

Theodore Franklin acabó de entrar en el dormitorio, mirando a todos lados, con relativa curiosidad, sin impresionarse demasiado por lo suntuoso del mobiliario y la decoración, de un gusto quizá un tanto vulgar. Muy llamativo, pero vulgar. Sedas, bonitas alfombras, muebles relucientes… Se acercó al ventanal y estuvo contemplando la piscina, cuyas aguas relucían al sol en un tono azul asombroso. Seguramente, las bombeaban allí desde el mar. O sea, que era agua salada. El jardín era muy bonito, bien cuidado. Nicomedes y otros dos hombres del país lo estaban regando. En la pérgola, mirando hacia arriba, estaba Basili, con la expresión soñolienta, pero fijos sus ojos en la ventana. Más allá estaba Piotor, limpiando el gran coche de color granate, de procedencia norteamericana. Al fondo, el mar, azul y verde, como partido en callejones por los altos cocoteros. Franklin volvió a mirar su reloj… Las once. Es decir, la hora exacta en que…

—Salgo enseguida, señor Franklin.

Éste se volvió hacia el cuarto de baño, cuya puerta estaba entornada solamente.

—No hay prisa. Pero como me citó a las once por medio de la radio… ¿Por qué ha querido que venga yo solo?

—¿Le molesta?

—No, desde luego. Todo lo…

Se calló bruscamente. María Carvajal salía del cuarto de baño envolviéndose con descuido en una gran toalla. Sólo pudo ver las piernas y los hombros, de una blancura cegadora. Pero eso, en cierto modo, no tenía la menor importancia. Lo que había dejado

muy sorprendido a Theodore Franklin era el color del cabello y los ojos de… aquella mujer. Los ojos eran de un tono gris acero, y los cabellos tenían un extraordinario color platino, muy claros. Su sorpresa fue tan evidente, tan visible, que María Carvajal se detuvo en seco casi en la puerta del cuarto de baño, mirándolo atentamente.

—¿Decía usted algo? —murmuró ella.

—Decía que no me molesta que usted haya indicado que tenía que venir yo solo. Por el contrario.

—Ah… ¡Oh! —María Carvajal se llevó las manos a la cabeza, palpó sus cabellos calor platino y, por fin, se quedó mirando sonriente a Franklin—. ¿Se da cuenta? Siempre hay algún pequeño fallo.

—Sí… Parece que ha olvidado usted su peluca y sus lentes de contacto, ¿verdad? —deslizó irónicamente Franklin.

—Bien… Ya no tiene remedio. Espero que no haga usted mal uso de su… descubrimiento, señor Franklin. ¿Todo va bien por su yate?

—Todo va bien.

—Espléndido. Por mi parte, también tengo resuelto el problema: esta misma noche podrá usted realizar su trabajo con el general Robledo. Y espero que una vez lo haya hecho no se apresure a huir con su yate. Calma y serenidad, aunque sólo sea durante un día. ¿De acuerdo?

—Sí. ¿Cómo lo haremos?

—Si no le importa, antes voy a vestirme… —soltó una risita divertida—. Naturalmente, puede mirar, si gusta.

Acabó de secarse con la gran toalla, frotando enérgicamente el cuerpo y la cabeza. Luego tiró la toalla a los pies de la cama y fue al armario, del cual sacó las prendas necesarias. Era como si nadie estuviese allí, mirándola muy, muy atentamente. Prenda a prenda, sin prisas, María Carvajal se fue vistiendo. Cuando terminó miró sonriente a Franklin.

—¿Impresionado? —susurró.

—La verdad: sí. Mucho.

—Supongo que no le da mucha importancia.

—Sólo la que tiene para un hombre ver a una mujer como usted tal como la he visto.

Ella encogió los hombros y entró en el cuarto de baño. Theodore Franklin fue hasta la puerta y continuó mirándola. Ella se estaba poniendo unas microlentillas, colocada de perfil con respecto a él. Luego tomó la peluca negra, con el moño ya hecho, de detrás de la puerta, y se la colocó, con todo cuidado y gran habilidad. Cuando se volvió hacia él, sus ojos eran negros, y su peinado y color de cabellos la convertían en la María Carvajal que Franklin había conocido la noche anterior.

Con la falda azul, la blusita blanca escotadísima hasta lo increíble y descalza, María Carvajal resultaba una mujer verdaderamente… interesante.

—¿Por qué me mira así? —susurró ella.

—Por nada.

—¿Qué está pensando?

—Me parece que no le gustaría.

—¿Quién sabe…?

Theodore Franklin entornó los ojos y estuvo unos segundos mirando a aquella espléndida mujer de apariencia fría, pero… ¿quién sabe…?, a lo mejor no era tan fría como parecía. Se acercó a ella, la abrazó lentamente a la altura de las axilas y la acercó a su pecho. La espía rusa cerró los ojos, y Franklin pensó que tenía completamente ganada aquella batalla. La besó en los labios, con fuerza, y ella comenzó a corresponder al beso… Una oleada de calor, como si su sangre hubiese comenzado a hervir a la máxima presión, fue la siguiente sensación de Franklin, pero cuando empezaba realmente a comprender que aquel beso era algo diferente a todo cuanto le había ocurrido antes en su vida, María Carvajal se apartó, suspirando:

—Esto es absurdo… —dijo quedamente—. Absurdo, señor Franklin.

—¿Por qué es absurdo? —murmuró él.

—No sé… No es que sea absurdo en sí, sino por el momento. Estamos desviando la cuestión… Y cada cuestión requiere su tiempo y su… oportunidad.

—Todas los oportunidades son buenas, María.

—No… —jadeó ella—. No, no… Eso es algo que no quiero ni siquiera escuchar… ¿Podrías estar en Miami, o en Acapulco, dentro de dos semanas?

—Puedo estar donde tú quieras cuando tú quieras.

—Acapulco mejor… Dos semanas… Solamente dos semanas… Hasta entonces, tú eres un… personaje que no me interesa… ¿Estás de acuerdo?

—No del todo… —sonrió Franklin—. Pero puedo aceptar la idea, con mi mejor voluntad. Digamos dentro de dos semanas en… ¿Te parece bien en el hotel Los Azules?

—Casualmente tengo que… estar en Acapulco dentro de doce días… El hotel Los Azules es tan bueno como… como otro cualquiera.

—Yo creo que es mejor, María.

—Señor Franklin… —dijo ella de pronto, fríamente—. Tenemos algo que hacer usted y yo. Y… no creo que convenga desviarse de la cuestión.

Él la volvió a abrazar, y de nuevo la besó en los labios. María Carvajal le pasó los brazos por el cuello y se apretó contra él, correspondiendo ardientemente al beso. Pero fue muy breve, de modo que cuando ella se apartó, decepcionándolo nuevamente, Franklin hizo un esfuerzo por sonreír.

—De acuerdo… —musitó—. No nos desviemos de la cuestión… por ahora.

María asintió con la cabeza. Fue de nuevo al armario y sacó un rollo de papel vegetal, que fue extendiendo mientras caminaba hacia la cama. Se sentó allí y miró a Franklin, que se sentó junto a ella.

—Anoche, uno de mis colaboradores terminó el plano de la residencia particular del general Robledo, y esta noche me he dedicado a estudiarlo atentamente. Por eso me he levantado tan tarde. Bien… La cuestión está en si tú podrás llegar a este saloncito del piso de arriba sin utilizar la escalera que arranca en el vestíbulo.

—Si hay posibilidad lógica de hacerlo, llegaré.

—La hay. Aquí está la parte de atrás de la casa. Dos de los dormitorios tienen balcón aquí. Míralos… Delante hay un árbol muy frondoso, de grandes ramas muy fuertes. Varias de esas ramas se extienden hacia los balcones, y me han asegurado que desde cualquiera de ellas se puede saltar a un balcón muy fácilmente. Ahora hay dos cuestiones que tienen la máxima importancia… ¿Sabes abrir un balcón o puerta sin tener la llave?

—Desde luego —sonrió Franklin.

—Magnifico. Está resuelta la primera cuestión, entonces. La segunda, sin duda la más importante, es la vigilancia que habrá en el jardín. Nada aparatoso, pero habrá vigilancia. Conozco al jefe del servicio secreto de Santaluz. Se llama Miguel Sotillos, y es un… muchacho muy avispado, muy atento al cumplimiento de sus funciones, una de las cuales consiste en proteger al general Robledo en todo momento. Con toda seguridad colocará a varios hombres en el jardín, rodeando la casa. Para salir del jardín no creo que encuentres grandes dificultades, si sabes hacerlo bien. Estas son las verjas… Muy fáciles de escalar, también; no creo que encuentres ahí ninguna dificultad, especialmente…

—Perdona —frunció el ceño Franklin—. No comprendo… ¿Tendré que saltar las verjas?

Creí que iría contigo a esa fiesta.

—Llegarás conmigo y, si todo sale bien, saldremos juntos de allí. Te estoy dando los máximos detalles por si algo saliese mal. En ese caso, tendrías que escapar a toda prisa, por tus propios medios; y me parece que debo asegurarme de que harás lo correcto.

—Agradezco tu preocupación.

—No la agradezcas tanto. Estoy pensando en la perfección del trabajo, no en ti por ti mismo.

—Oh, Bueno, creí que…

—Theodore: todo eso que estás pensando es una cuestión aparte, y ya hemos quedado en… disfrutarla en Acapulco dentro de dos semanas. Ahora sólo pienso en el trabajo que tengo que cumplir. Volvamos al asunto de la vigilancia. En el momento oportuno, te haré una seña, y tú saldrás al jardín, donde te esconderás, hacia la parte de atrás. Poco después llegaré yo y te entretendré a los vigilantes el tiempo suficiente para que subas a este árbol…

—¿Y si tú no puedes distraer a los vigilantes?

—En ese caso, no harás nada. Volverás al salón, y ya intentaremos el trabajo en otra ocasión más propicia. Quiero seguridad y discreción ante todo.

—De acuerdo. Ahora supongamos que ya estoy en el balcón, que entro en uno de los dormitorios del piso de arriba… ¿Qué más?

—Te diriges al saloncito… —lo señaló ella con un dedo, de uña corta y manicurada de rojo violento—. Aquí te escondes. Poco

después llegará el general Robledo, solo. Un momento… —Fue al armario de nuevo y regresó con un sobre blanco, de tamaño corriente—. Aquí dentro hay una pequeña ampolla de cristal, que contiene gas 077. Es un gas muy ligero, de rapidísima dispersión, y se volatiliza en menos de cinco segundos; sus efectos narcóticos duran entre tres y cinco minutos solamente. ¿Tienes tiempo de ponerle la inyección al general?

—Claro.

—Bien. En el sobre hay también una mascarilla esponja impregnada de líquido protector contra el 077. Fíjate bien cómo tendrás que utilizar ambas cosas: en cuanto aparezca el general y haya cerrado la puerta del saloncito, te colocas la mascarilla sobre la boca y la nariz, apretándola con la mano izquierda, y con la mano derecha revientas la ampolla del 077 sin dejar caer un solo cristal al suelo; esperas diez segundos, para máxima seguridad, y entonces te quitas la mascarilla, colocas en ella los cristales de la ampolla, que habrán estado en todo momento en tu mano; la doblas bien y te la guardas en el bolsillo del *smoking*, entre los dobleces del pañuelo. Inyectas al general Robledo, sales del saloncito y entras en uno de los dormitorios. Ya no saldrás de allí hasta que oigas rumor de gente en el pasillo del piso alto, pues supongo que alguien buscará al general. Entonces te mezclas con esas personas y te comportas con toda naturalidad. Si nadie sube a buscar al general, éste despertará y saldrá del saloncito. Entonces esperas unos segundos y bajas después que él. Tanto en el primer caso como en el segundo espero que tu comportamiento será absolutamente normal y tranquilo y que demostrarás que te estás divirtiendo. Si alguno de los detalles que te he dado no saliesen exactamente como yo los he explicado, abandonarás el intento inmediatamente. ¿Alguna duda?

—Sólo una —murmuró Franklin, atónito—. ¿Realmente me necesitáis a mí? Todo lo estáis haciendo vosotros…

—Nosotros estamos haciendo lo accesorio, querido. Ya te dije que para eliminar al general bastaría uno solo de nuestros exterminadores, y lo haría muy bien. Pero no queremos escándalo de ninguna clase… Queremos una muerte como la del presidente Obongo de Koluva. Una extraña enfermedad, que al parecer destruye el organismo y provoca la muerte…

—Para el caso podría servir un veneno corriente, ¿no? Me estáis

pagando dos millones de dólares, lo hacéis todo…

—Todo, no. Una bala o un veneno dejan huella. Y, por lo que he oído sobre la muerte del presidente de Koluva, tú… líquido no deja ninguna. En Koluva nadie tiene la menor sospecha sobre que la muerte del presidente haya sido un asesinato. Eso es lo que queremos nosotros en Santaluz, y por eso te pagamos dos millones de dólares. Pero si te parece demasiado riesgo y prefieres entregarme a mí el líquido que hay que inyectarle a Robledo…

—No.

—¿Te das cuenta? —sonrió secamente María Carvajal—. Lógicamente estás pensando que si llego a tener ese líquido en mis manos, apartaré unas gotas para enviarlas a Rusia, que sean analizadas y, como consecuencia, que obtengan la fórmula. Por eso has de hacer tú el trabajo. ¿Tienes alguna duda más?

—No… Ninguna.

—Me alegro. Ahora vamos a dedicarnos a estudiar bien este plano del domicilio del general. Sería estúpido que cometiésemos un fallo por desorientación dentro de una casa. Veamos: ésta es la entrada del…

Theodore Franklin pasó una mano por la nuca de María Carvajal y la atrajo hacia sí al mismo tiempo que se dejaba caer de lado en la cama, arrastrando a la mujer consigo. Quedaron los dos tendidos, besándose… hasta que sonaron dos golpecitos en la puerta.

Franklin se incorporó, sobresaltado, mientras María lo hacía tranquilamente. Se quedó mirando a Basili, que estaba en el umbral, inexpresivo el rostro. Cambiaron unas palabras en ruso, y ella se puso en pie, mirando sonriente a Franklin.

—Tengo una visita abajo, en el saloncito. Será mejor que te dediques a estudiar el plano a solas… por el momento. No bajes ni te asomes a la ventana. Volveré lo antes posible.

Se puso unos zapatos, sonrió de nuevo a Franklin y salió del dormitorio.

Capítulo VIII

El hombre se puso en pie al verla, tomó la mano que ella le tendía y se inclinó, con gracioso gesto palatino, sonriendo de un modo muy agradable. Debía tener poco más de treinta años, pero había en sus oscuros ojos un destello casi sobrecogedor de inteligencia, de poder de observación. Alto, delgado, elegante, muy atractivo su rostro, tostado por el sol.

—Señora Leighton…

—¿Cómo está, señor Sotillos? —sonrió dulcemente María—. ¿Sabe que me sorprende mucho su visita?

—Espero no molestar, sin embargo.

—Pues… un poco, francamente. Estaba con un amigo inglés, que conocí durante mi estancia en Londres.

—Oh… ¿Amigo de su esposo quizá?

—En cierto modo. No una amistad íntima, pero sí agradable.

—Bien… Lamento mucho haber venido tan inoportunamente, señora Leighton. ¿Es de su amigo el coche que hay afuera?

—Sí. Lo ha alquilado.

—¿Por medio de la agencia del hotel donde se aloja?

—No, no… Lo hizo personalmente. Él no está en ningún hotel. Está dando la vuelta al mundo en su yate, de modo que tiene alojamiento asegurado. El yate se llama *Abismo*. Oh, pero no creo que haya venido usted a hablarme de mi amigo Theodore Franklin, señor Sotillos. Siéntese, por favor… ¿Puedo saber qué desea de mí?

Se sentó, pero Miguel Sotillos permaneció en pie, mirándola fijamente, con una sonrisa puramente cortés, que hacía lo posible porque resultase agradable.

—Bien… Es una cuestión bastante insignificante en realidad, señora Leighton. Pero un poco sorprendente.

—¿Sorprendente?

—Sí, sí… Verá usted: por pura rutina, y debido a mi trabajo, tan

cerca del general Robledo, suelo interesarme por las personas importantes que en un momento dado puedan relacionarse con él. Y, según entiendo, usted ha recibido una invitación para esta noche del señor general.

—Así es.

—Bien… Eee… Como le decía, suelo interesarme por las personas que en un momento dado estarán cerca del general Robledo, de modo que me he permitido hacerlo con usted. Evidentemente, si usted está en Santaluz, es que su pasaporte está en regla, y así consta en su registro de entrada. Usted sabe que siempre se toman algunos datos de las personas que arriban del extranjero…

—Sí, sí… ¿Adónde quiere ir a parar, señor Sotillos?

—Incluso me resulta embarazoso decirlo —sonrió, como disculpándose por anticipado, Sotillos—. Lo cierto es que usted no consta como nacida en Santaluz, señora Leighton.

—¿Cómo dice? —se asombró María.

—Verá… Según un registro de entrada, usted nació, hace treinta y cuatro años, en Palmar, ciudad que está situada a…

—Conozco bien mi país, señor Sotillos —cortó María.

—Oh, por supuesto. Bien, según su registro de entrada y los datos de su pasaporte, usted nació en Palmar el día 12 de abril de 1935… ¿Son exactos los datos?

—Sí, lo son.

—Pues, señora Leighton, usted no consta en ningún registro civil de Palmar.

María Carvajal se quedó mirando, estupefacta, a su visitante.

—¿Me está diciendo que yo no he nacido, señor Sotillos?

—Bueno —rió Sotillos—, eso sería una tontería grandísima, señora. Sólo le digo que usted no consta como nacida en Santaluz. No hay… ninguna clase de datos al respecto.

—Pero eso es absurdo… Debe haber algún error. Quizá mi inscripción esté fuera de tiempo o se hayan destruido algunos archivos… No sé. Tiene que haber pasado algo. De lo que no cabe ninguna duda, señor Sotillos, es de que estoy aquí, y que por tanto nací.

—Sí, sí… Verá usted: según tengo entendido, piensa quedarse digamos indefinidamente entre nosotros. En tal caso su no

inscripción en el registro civil correspondiente podría ocasionarle pequeñas molestias, que yo me ofrezco a evitarle con mucho gusto.

—Oh… ¡Es usted muy amable! Desde luego, puede proceder como mejor le parezca. Muy agradecida, de veras.

—No tiene importancia. Esto… Me sería muy útil tener su pasaporte, señora Leighton. Yo no lo he visto, de modo que no puedo hacer nada oficialmente sin tomar en persona los datos que contiene.

—¿Me está pidiendo mi pasaporte?

—Para hacerle un servicio —sonrió Sotillos—. No se lo retendré mucho. En realidad, tan sólo que pueda tomar esos datos…

—Sí, entiendo. Pero no se me ocurre dónde puedo tenerlo en estos momentos… Soy un poco desordenada.

—Oh, no tengo prisa, señora. Esperaré.

—El caso es que me está esperando Theodore arriba. Señor Sotillos, ¿no le importaría que le entregase mi pasaporte en otro momento? Podemos… ¿Estará usted en la fiesta del general Robledo?

—Por supuesto.

—Se lo llevaré allí esta noche. ¿Le parece bien?

—Pues… sí. Sí, desde luego.

María Carvajal se puso en pie.

—¿Algo más, señor Sotillos?

—No, no… Y perdóneme. No es cosa que corra gran prisa. De haber sabido que tenía la visita de un antiguo amigo, no la habría molestado.

—Está usted perdonado —sonrió ella—. Es más, me encantan las personas que se toman en serio su trabajo. Le acompañaré a la…

—No, no, por favor… No se moleste. Conozco el camino. Adiós, señora Leighton.

—Hasta la noche.

Miguel Sotillos salió del saloncito, y segundos después hacía su aparición Basili, mirando con gesto interrogante a la espía, que sonrió burlonamente.

—Todo perfecto —dijo—. Llama a Angel Cifuentes y díselo. Esta noche terminaremos con todo. Que esté preparado y que se ocupe de que su parte no tenga ningún fallo. Oh, éste es el más fascinante tinglado que he organizado jamás.

—Esperemos que no tenga ningún fallo.

—¿Por qué ha de tenerlos? Todo saldrá como lo he planeado… ¡Estoy deseando que llegue la noche para acudir a esa fiesta, que va a resultar entretenidísima!

Capítulo IX

Por lo menos estaba animadísima cuando los dos llegaron, en el coche granate de factura norteamericana, propiedad de María Carvajal, conducido por Piotor, que lo detuvo ante la pequeña escalinata; esperó a que el criado hubiese cerrado la portezuela, tras sostenerla mientras salían María y Theodore, y se alejó hacia donde estaban estacionados los demás coches.

Apenas comenzaron a subir hacia el pórtico con blancas columnas cuando un hombre apareció ante ellos, dando muestras de gran satisfacción al ver a María, que le tendió la mano sonriendo.

—¡Señora Leighton! —exclamó en voz alta—. ¡Qué gran placer nos proporciona con su presencia…!

—¿Cómo está, señor Cifuentes? —sonrió aún más dulcemente—. Usted siempre tan amable. Permítame presentarle a un buen amigo, el señor Theodore Franklin. Theodore, él es el señor Angel Cifuentes, sin duda la persona más amable de mi país.

Los dos hombres se estrecharon las manos, sonriendo, y Angel Cifuentes señaló hacia el interior de la quinta. Los tres entraron, prodigándose Cifuentes en cumplidos hacia la belleza de María Carvajal y lo encantados que estarían todos con su presencia en la fiesta. Franklin iba mirando a todos lados con bien contenida displicencia. La fiesta empezaba bien, con animación. Todos los rostros mostraban una sonrisa de lo más feliz; las damas lucían sus joyas y sus escotes, y los caballeros, algunos de ellos con su vistoso uniforme de oficial del Ejército, la Marina o la Aviación, discutían animadamente. El salón era grande, con dos grandes arañas de cristal pendientes del techo. Los cortinajes eran azul claro, pesadísimos, poco adecuados al clima del lugar. En un extremo del hermoso salón había un piano de cola, que se veía solitario, mientras que en el otro extremo el ambigú se veía concurridísimo, si bien todos estaban en actitud de espera, sin tomar nada…

—El general Robledo no tardará… —murmuró Cifuentes—. Naturalmente, están esperando que lleguen los últimos invitados. Y creo que sólo faltan dos.

—¿Todo está bien? —musitó María.

—Por ahora, sí. No creo que falle nada. Y no olvide que, oficialmente, no conoce usted al general Robledo, ni él a usted. Eso comprometería un poco mi posición, María.

—Sí, entiendo.

—Pues yo no —musitó Franklin, frunciendo el ceño—. ¿Qué es eso de…?

—Sonríe, querido, sonríe —sonrió María Carvajal—. Estamos en una alegre fiesta. El general Robledo está conmemorando sus seis meses de mandato en Santaluz… que están a punto de terminar.

—¿Tienes que simular que no conoces al general? —sonrió pésimamente Franklin.

—Así es.

—¿Por qué?

—La invitación, oficialmente, partió de mi gabinete —susurró Angel Cifuentes—. Nadie debe saber que el general se interesó personalmente por María, pues eso haría comprender a algunos que la conoció con anterioridad… Y eso, ocurrió de un modo… privado en mi casa, señor Franklin. Para mí resultaría un tanto molesto continuar acogiendo al general y a María en entrevistas sucesivas, de modo que convencí al general para que la conociese oficialmente esta noche. Así, ambos podrán llegar a un acuerdo en el que yo no me veré mezclado.

—Sí, comprendo ahora… Sería bochornoso para usted. Pero, María, este hombre…

—Este hombre, querido, es, como te he dicho, Angel Cifuentes. Tiene el cargo de ministro del Interior, y está destinado a suceder al general Robledo en la jefatura del Estado. Por lo tanto, está de nuestra parte.

—Lo has preparado todo tan bien, que sigo preguntándome si yo soy necesario —gruñó Franklin, sonriendo de nuevo pésimamente.

—Ya te di explicaciones sobre eso. Hoy el general Robledo empezará a sentirse mal. Dentro de pocos días fallecerá, víctima de una cruel enfermedad que nadie conoce todavía. Automáticamente, sin jaleos, Angel Cifuentes será el jefe del Estado. No hay que hablar

más sobre eso, Theodore.

Poco después de llegar los últimos invitados, se abrió la gran puerta doble del fondo del salón, y las conversaciones cesaron inmediatamente, para escuchar el anuncio de la aparición del personaje principal de la fiesta.

—¡Su Excelencia el general don Anselmo Robledo, jefe de la nación!

Anselmo Robledo fue acogido con grandes aplausos y vítores e, inmediatamente, se vio rodeado de fieles amigos y subordinados, que le aclamaban, le felicitaban por sus primeros seis meses en el poder…

—Parecen todos contentos —susurró Franklin.

—Porque no saben lo que el general está tramando —susurró también María.

—¿Qué está tramando?

—Ya te lo diré. Vamos a tomar algo mientras esa nube de adictos halaga al general.

Angel, ven a buscarnos, para presentarnos, dentro de unos minutos.

—De acuerdo.

María y Franklin fueron hacia el ambigú, tomados del brazo, sonriendo, y poco después, ya tocando la orquesta la primera pieza, degustaban la primera copa de champaña.

—¿Cómo conseguirás que él suba al saloncito? —murmuró Franklin.

—Querido: quedamos en que yo era una mujer hermosa. Y no olvides que eso es muy del agrado del general.

—¿Una cita en estas condiciones? Todo tan precipitado…

—Tranquilízate, todo saldrá bien. ¿Tienes la jeringuilla preparada?

—Claro.

—Pues concéntrate en eso. Todos los demás detalles corren de mi cuenta.

—Hay algo en lo que no hemos pensado: cuando el general recupere el conocimiento, arriba, notará el pinchazo. Se dará cuenta.

—No, no… El gas lo mantendrá bastante aturdido durante un rato. Incluso luego, se sentirá un poco mal, ya que tu liquido

empezará a hacerle efecto pronto, supongo. Entonces, Angel Cifuentes llamará al médico personal del general, y se le llevarán de aquí. El médico le pondrá una inyección de cordial en el mismo sitio que tú habrás puesto la tuya, y toda huella quedará borrada.

—¿El médico también está comprado? —exclamó Franklin.

—Ssss… También, querido, también.

—¿No lo has complicado todo demasiado?

—¿Cómo tengo que decírtelo? La sucesión de Robledo por Angel Cifuentes debe hacerse de este modo, sin revolución, sin guerra civil, sin muertos… pacíficamente. Todo nos gusta de este país, excepto el general Robledo. Incluso nos gusta el jefe del servicio secreto, el señor Sotillos, que por ahí llega, a pedirme mi pasaporte.

—¿Tu pasaporte? —Palideció Franklin.

—Sí. Pero no temas. Todo está en orden.

—¡No me gusta esto! Puede que tú seas una espía muy eficiente pero yo…

—Sonríe… Sonríe, querido… Ah, señor Sotillos, nos volvemos a ver…

—Lo cual es un placer para mí, señora Leighton —se inclinó el jefe del espionaje y contraespionaje de Santaluz—. ¿Ha traído su pasaporte?

—Desde luego. Lo tengo en el coche… ¿Me obligará a ir a buscarlo ahora?

—Por favor… ¡Claro que no! Puedo enviar a uno de mis…

—No, no. Se lo entregaré dentro de unos minutos, yo misma. Oh, le presento al señor Franklin, el amigo del cual le hablé. Theodore, él es el señor Sotillos, el temible jefe del servicio secreto santaluceño.

—Oh, vamos, señora… Nada de temible. ¿Cómo está, señor?

—Encantado, señor Sotillos. ¿De verdad es usted un espía?

—Vaya, esa palabra no es precisamente…

—Ahí llega el señor Cifuentes —cortó María—. Supongo que viene a cumplir su promesa de presentarnos al general. Luego le entregaré el pasaporte, señor Sotillos.

—Perfecto, señora Leighton. Hasta luego —se volvió hacia Angel Cifuentes, recién llegado—. Señor ministro…

—Hola, Miguel —sonrió Cifuentes—. Procure divertirse, muchacho. Supongo que todo está bien.

—Así es, señor ministro. Hasta luego.

—Adiós, hombre, adiós —Sotillos se alejó, seguido por la sonriente mirada de Cifuentes, que comentó, con voz tenue—: es un buen elemento, María. Lamentablemente, no se le puede poner al corriente de los hechos inminentes. Somos tres los que lo sabemos, y es suficiente. Todo sea por la paz. Bien… ¿Dispuestos a conocer al gran hombre?

—Dentro de poco, el gran hombre será usted —musitó Franklin.

—Espero que no le moleste —replicó Cifuentes.

Tomó del brazo a María Carvajal, y los tres se encaminaron hacia donde estaba Anselmo Robledo, sonriente, radiante en su triunfo, en su alto cargo. Era un hombre alto, grueso, fuerte. Sus ojos eran más bien pequeños, pero inteligentes, vivos, brillantes de maliciosa astucia. Llevaba una espesa barba, que parecía ser su máxima diversión, pues se daba continuos tironcitos de ella, siempre sonriendo, siempre gallardo y poderoso. A los cuarenta años, había llegado a la cumbre.

Theodore Franklin tuvo que admitir que Robledo hacía muy bien su papel. Dedicó unas breves galanterías a María, y un cordial y fuerte apretón de manos a él. Era un hombre jubiloso, lleno de vitalidad, y a nadie podía asombrar que gustase de la buena mesa y de las mujeres hermosas. Su esposa era bajita, un tanto gordita, de cara muy sonrosada, lo que seguramente ya no debía complacer tanto al general como años antes, cuando se casó con ella. En la actualidad, su esposa debía parecerle… poca cosa para él. Pero la llevaba cubierta de joyas, con precioso vestido, buen perfume…

—Mi querido Angel me habló tan bien de usted hace unos días —dijo Robledo—, que tenía verdaderos deseos de conocerla, señora Leighton. Y no sólo por su belleza, sino por su… amor patrio. Tengo oído que ha donado cinco mil libras esterlinas al Centro de Rehabilitación Infantil de nuestra ciudad.

—Quizá estoy intentando hacerme perdonar mi casamiento con un inglés, Excelencia —sonrió María.

—Oh… ¿Sabe que eso tiene sentido, señora? Usted privó a su país de su belleza, para entregársela a un inglés. Eso debería… estar castigado.

—Estoy dispuesta a aceptar la pena —inclinó la cabeza María.

—¿De veras? Habrá que buscar una adecuada, en ese caso…

—Baila con ella —sugirió su esposa, casi riendo—. No creo que puedas encontrarle un castigo mayor.

El general Robledo se echó a reír, de tan buena gana, que muchos invitados volvieron la cabeza para contemplarlo.

—¡Es cierto! —exclamó—. ¡Bailo tan mal, que Rosario nunca me acepta como pareja!

—No será tanto —rió María—. Quizá no baile usted tan bien como el señor Franklin, excelencia, pero…

—¡Ah! ¿El señor Franklin es un buen bailarín? En ese caso me gustaría abusar de él, en beneficio de mi esposa.

—Será un placer, excelencia —murmuró Franklin, inclinándose ante la esposa del general.

—En cuanto a mí —dijo María—, sigo dispuesta a aceptar la pena que se me imponga…

Aunque sea un baile.

—¡De acuerdo! —volvió a reír Robledo—. ¡Usted lo ha querido!

Se dirigieron los cuatro hacia la pista, y los invitados aplaudieron cuando el general inició los primeros pasos, más sonriente que nunca, satisfechísimo de la vida, triunfante.

—Excelencia —musitó María—: verdaderamente baila usted muy mal… Pero no hasta el punto de merecer la muerte.

—Bien… —sonrió él aún más—. Su opinión…

—No he mencionado la muerte a la ligera, excelencia. Por favor, continúe sonriendo, oiga lo que oiga. Contrólese.

—No la comprendo.

—Mañana por la mañana querrán matarlo, excelencia.

—¿Cómo? —Se tensó Robledo un instante.

—El atentado está perfectamente preparado. Sonría, por favor, excelencia.

—Sí, sí… —sonrió como pudo el general—. ¿Está usted… gastándome una broma, señora?

—No soy lo que parece, excelencia. Y debe creerme: mañana intentarán asesinarlo.

—No es posible… ¿Quién? ¿Cuándo, cómo…?

—Imposible hablar de esto ahora tan detalladamente como conviene, excelencia. Cuando termine el baile le preguntaré qué hora es, y pondré mi reloj en el suyo. Exactamente una hora más tarde deberá usted subir al saloncito del piso de arriba. Me reuniré

con usted y se lo explicaré todo.

—Ejem… Avisaré a mi jefe del…

—¡No! Nos están vigilando, excelencia. Hay dos agentes del servicio secreto ruso en el salón. Si sospechan algo es posible que cambien de planes, y entonces yo no podría ayudarlo. Seamos discretos, ¿de acuerdo?

—¿Quién es usted?

—Irina Chekova, agente del a MVD.

—No la creo… ¡No la creo!

—¿Por qué? Puedo explicarle todo el proceso del principio a fin, excelencia. Ya sé que le sorprende que una agente rusa le haga este aviso. Sobre todo teniendo en cuenta que últimamente está usted en relaciones… privadísimas con agentes rusos que le están ganando para la política comunista, cosa que nadie sospecharía, ya que la CIA, a la cual usted se dispone a traicionar pronto admitiendo directrices de Moscú, le ayudó en cierta ocasión. Pero los rusos han llegado a la conclusión de que usted está tramando un doble juego, y quieren eliminarlo. Lo sé bien, porque yo era una de las encargadas de hacerlo.

—Usted no sabe lo que dice…

—Por favor, seamos consecuentes. El baile está terminando, excelencia. Sólo estoy intentando salvarle de este atentado, de modo que usted quede vivo y… prevenido para el futuro. Usted conoce a los agentes rusos… Después que yo le haya contado lo que sé, podrá hacerlos detener… Eso es cuenta suya.

—Pero usted está… traicionando a los suyos… ¿Por qué?

—Por un millón de dólares y un pasaporte santaluceño que usted me facilitará como… agradecimiento, excelencia.

—¡Puedo hacerla detener ahora mismo y…!

—Hágalo. Y mañana, en la prisión, me enteraré de que el general Anselmo Robledo ha caído víctima de un atentado. Le estoy diciendo la verdad.

—¡Mi jefe del servicio secreto la haría confesar…!

—¿Miguel Sotillos? —sonrió María—. Es posible… Pero para entonces, de un modo u otro, usted estaría asesinado. En cambio, si usted y yo charlamos unos minutos sin que nadie se dé cuenta de ello, lo podrá solucionar todo muy bien: detendrá a los agentes rusos que conoce, y, sin éstos, los demás no iniciarán el atentado. A

ésos no los conozco, ni usted tampoco. Pero si detiene a los principales puede ponerse a salvo, pues los demás no harán nada, por el momento. Y cuando quisieran hacerlo, los que usted habría detenido ya habrían confesado. Mi oferta es muy buena, excelencia, ¿qué contesta?

—Usted está loca si cree que podría escapar de la MVD…

—Conozco a la MVD mejor que usted. No se preocupe por mí. Aparte, claro está, de facilitarme ese pasaporte y el dinero. ¿Acepta? Le preguntaré la hora que es cuando termine el baile. Y exactamente sesenta minutos más tarde, pase lo que pase, suba a esperarme en el saloncito. ¿De acuerdo?

—No puedo creerla… Los enviados rusos me habían prometido tanto que…

—Olvídelo. Algo ha ocurrido, y ellos consideran ahora que usted pretende hacer doble juego con ellos y con los americanos. Lo han sentenciado a muerte, excelencia.

—Pero esto… No sé… ¡Hay que aclararlo!

—Por supuesto. Es lo que le estoy proponiendo, en suma. Además, si yo no le ayudo…

La música cesó, y las parejas se detuvieron. Todos se quedaron mirando al general Robledo, que tardó un instante de más en reaccionar, comenzando a aplaudir a la orquesta, acto en el que fue rápidamente imitado por todos…

—Anselmo —se reunieron con ellos la mujer del general y Franklin—, deberías pedirle al señor Franklin que te enseñe a bailar… ¡Estoy segura de que haría de ti un bailarín maravilloso!

—Por favor… —sonrió Franklin—. Exagera usted…

—Estoy segura de que no… —sonrió María—. Oh, parece que se me ha parado el reloj… ¿Qué hora tiene usted, excelencia?

Anselmo Robledo estuvo quizá un par de segundos mirando a María Carvajal, que había alzado su brazo, y miraba consternada su relojito de pulsera, de brillantes y platino. Por fin, alzó el brazo, miró su reloj, y musitó:

—Las diez… y veintidós minutos exactamente, señora.

—Gracias… Tendré que llevarlo al relojero, pues me ha pasado varias veces en las últimas semanas… ¿Sabe, excelencia, que no baila del todo mal? Es indudable que su esposa ha exagerado…

Capítulo X

A las once y diez Theodore Franklin comenzó a acercarse a la puerta del salón que daba al jardín, y un par de minutos más tarde había desaparecido. A las once y quince, María Carvajal, que había estado todo el tiempo bajo la mirada ya un tanto impaciente de Miguel Sotillos, aprovechó una distracción de éste para abandonar el salón, pero por la puerta que daba al vestíbulo.

Salió de la casa y fue directamente hacia el coche, junto al cual estaba Piotor, fumando un cigarrillo. Sin el menor comentario, María entró en el coche, recogió el pasaporte del salpicadero y salió mirando hacia la casa.

—Nadie —susurró Piotor.

—Bien… ¿Y Basili? ¿Ha llamado?

—Sí —Piotor se tocó el punto donde llevaba la radio de bolsillo —. Hace unos minutos.

Lo del yate está hecho. Ahora, él viene hacia aquí para la fase final.

—De acuerdo.

María Carvajal regresó hacia la casa, pero no directa hacia la entrada principal, sino desviándose, como si estuviera admirando las flores a la luz que salía del salón. Dejó pronto atrás esta zona, y llegó a la parte trasera del edificio, mirando a todos lados. Muy cerca de ella había un hombre, que parecía algo azorado por la presencia de la mujer, que lo miraba abiertamente. Más allá, junto a unas matas, María vio a otro vigilante. Y a muy poca distancia de él, el gran árbol cuyas ramas casi llegaban a los dos balcones de atrás del primer piso.

Con decisión, María se dirigió hacia el hombre más cercano, llamando su atención:

—Oiga, ¿ha visto…? ¡Ay!

Su pierna derecha se dobló, y cayó de lado al suelo, volviendo a

lanzar otro gemidito de dolor. El hombre del servicio secreto de Santaluz se acercó rápidamente a ella, y lo mismo hizo el otro al oír los gemidos de la mujer. Cuando llegó el segundo, el primero estaba ya incorporando a María, que se agarró a los dos como si de ellos dependiera su vida.

—¿Está bien, señora? —preguntó uno—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Mi pie… ¡Aaayyy…! Oh, Dios mío, me lo he torcido… ¡No! ¡No me pongan en pie, por Dios!

Ninguno de los dos hombres sabía qué hacer.

—Bueno… Tendríamos que avisar que venga un médico… Quizá se haya roto algo…

—Será mejor que la llevemos a la casa —dijo el otro.

—No, no… Oh, se me va pasando, me parece… Sí… Sólo me he torcido un poco el tobillo… ¡Está tan oscuro por aquí! ¿Qué… qué están haciendo ustedes en esta parte del jardín?

—Oh, pues… ¿Quiere probar de nuevo si puede ponerse en pie?

—Sí… Pero despacio. Por favor, despacio…

Siempre sujetándose a los cuellos de los dos hombres, María Carvajal se puso en pie, sobre el derecho, y apoyó cuidadosamente el izquierdo en la tierra.

—Parece que… que no ha sido nada… ¡Qué dolor tan horrible he sentido!

—A veces pasa —sonrió uno de sus auxiliares—. Se tuerce uno el pie, parece que se haya roto todos los huesos, y luego todo pasa en un minuto… Ha tenido suerte, señora.

—Sí… Gracias. Muchas gracias a los dos… Creo que…

—¿Qué ocurre? —Se oyó la voz de otro hombre.

Y Miguel Sotillos apareció en escena, caminando no muy seguro, pues tampoco sus ojos estaban acostumbrados a la penumbra de la parte de atrás del jardín.

—Ah, señor Sotillos… —exclamó María—. ¡Ya sabía que lo encontraría por aquí! Le estaba buscando, y me he torcido el pie… Me he caído como una tonta… Oh, el pasaporte… Debe estar por el suelo.

—Buscadlo —murmuró Sotillos, sujetando de un brazo a María —. ¿Está bien?

—Sí, sí… A ver… Sí, ya puedo caminar… Le estaba buscando, para entregarle el pasaporte…

—¿Me buscaba por aquí? Pues estaba en el salón… No me he movido de allí en todo el tiempo.

—Oh, yo no lo vi… Bueno, parece que no ha sido nada…

—Aquí está el pasaporte —lo tendió uno de los hombres.

—Bien. Seguid con lo vuestro… Permítame ayudarla, señora Leighton…

Sotillos se guardó el pasaporte, y ayudó a caminar a María, que comenzó un tanto temerosamente, muy despacio, pero recuperándose muy rápidamente, Cuando llegaron a la puerta principal de la casa ya caminaba como si nada hubiera sucedido, aunque todavía pisaba con cierto cuidado.

—Por suerte no ha sido nada… Muchas gracias, señor Sotillos. Me agrada comprobar que también sabe ser amable. Por cierto, ¿cuándo me devolverá el pasaporte?

—Oh, dentro de unos minutos… La ayudaré a entrar, y…

—No, no… No se moleste, de veras. Estoy bien.

—En ese caso, iré a mi coche, tomaré los datos en mi libreta y le traeré el pasaporte. Hasta ahora, señora Leighton.

—Hasta ahora.

Capítulo XI

Cuando María Carvajal entró de nuevo en el salón faltaba exactamente un minuto para que fuesen las once y veintidós minutos de la noche. Y apenas apareció, su mirada se cruzó con la del general Robledo, en cuyos ojos había una expresión sombría, tensa, expectante. La espía hizo un levísimo movimiento afirmativo con la cabeza y, en el acto, vio a Robledo inclinarse confidencialmente hacia su esposa, para murmurarle unas palabras al oído. Ella asintió con sonriente indiferencia, y el general abandonó el salón, lentamente. Antes de salir, todavía volvió la cabeza otra vez hacia María, que esta vez se limitó a parpadear. Definitivamente, Anselmo Robledo abandonó el salón. Faltaba medio minuto para la hora exacta de la cita.

María se acercó a la señora Robledo, sonriendo amablemente.

—¿Le ocurre algo a su esposo, señora? —se interesó.

—No… Espero que no.

—Lo he visto salir… Me ha parecido un poco preocupado, la verdad. Quizá está algo indispuesto. Debo decirle que cuando estábamos bailando me pareció un tanto… Bueno…

—¿Torpe? —susurró Rosario Robledo.

—Francamente, sí, señora.

—Sí, yo también me di cuenta. Anselmo come demasiado, incluso por las noches. Se lo advertí. Es muy posible que esté padeciendo una ligera indigestión.

—Deseo que no sea nada. Es un hombre muy interesante, señora. En su ausencia, el salón parece vacío… La verdad es que empiezo a envidiarla.

—¿De veras? —se asombró Rosario.

—Muy de veras. Esta es una hermosa fiesta, señora… Lástima que nadie se atreva a tocar el piano.

—Ya nos ocupamos de conseguir una orquesta… La mejor del

país, naturalmente.

—Sí… Naturalmente. Sin embargo, el piano, es… ¿cómo lo diría yo…?, algo especial. Una vez, en Europa, oí que el piano es el alma de la orquesta. Cierto que yo no soy una experta, pero cuando lo toco siento como una sensación especial que…

—¿Toca usted el piano? —exclamó la esposa del general.

—Oh, muy poco… Soy muy aficionada. Sin embargo, en Londres, nuestras amistades solían pedirme con frecuencia que interpretase alguna pieza siempre que nos invitaban a mi esposo y a mí. A mi querido Archie le encantaba oírme. Claro que no está bien que yo lo diga…

—Señora Leighton, ¿no querría usted tocar el piano para nosotros? María Carvajal sonrió luminosamente.

—¡Estaba deseando que me lo pidiera! ¿De verdad puedo hacerlo?

—¡Por favor!

—Me gustaría tocar algo… alegre y romántico a la vez. ¿Le agradaría *La viuda alegre*, de Franz Lehar? Es un vals que… Temo que voy a ponerme sentimental. Mi difunto y querido Archie siempre decía que era una de sus piezas favoritas… *La viuda alegre*… Bien sabe Dios que yo no soy precisamente una viuda alegre, pero…

—Señora Leighton, comprendo muy bien su sentimentalismo. Creo que todos escucharemos con mucho agrado su interpretación. Permítame… Advertiré a la orquesta que cuando termine esta pieza deben permanecer en silencio. Esta ha sido una sorpresa muy agradable.

—Espero… que no me falten las fuerzas, excelencia.

Rosario Robledo sonrió de oreja a oreja al oírse llamar excelencia. Aseguró que hasta los músicos se sentirían felices de escuchar la interpretación de su invitada, y se alejó en dirección a la orquesta, mientras María Carvajal echaba una rápida ojeada a su relojito de platino y brillantes. Poco después, la orquesta emitió su última nota, y Rosario Robledo anunció jubilosamente que la señora Leighton, su más ilustre y amable invitada, los iba a deleitar a todos con una magistral interpretación de la famosa melodía *La viuda alegre*. Hubo aplausos para María Carvajal, que se acercó muy lentamente al piano, con gesto modesto, casi tímido. Se sentó,

movió los deditos… y aprovechó para mirar una vez más su reloj: las once y veintisiete. Todo estaba saliendo tan perfectamente que hasta un cerebro electrónico habría emitido una felicitación hacia la mujer que decía llamarse María Carvajal e Irina Chekova…

Las primeras notas arrancadas al piano resonaron de pronto, con una nitidez prodigiosa, electrizante. Alguien lanzó una exclamación admirativa y, en el acto, una joven pareja se desplazó al centro del salón, comenzando a bailar el vals más popular del mundo. Ni siquiera cinco segundos más tarde, el salón estaba lleno, en su centro, de parejas dominadas por la belleza de la música. Rosario Robledo permanecía junto al piano, como una reina junto a su trono, mirando a todos lados, orgullosa, satisfecha.

A mitad de la pieza, Miguel Sotillos apareció por la puerta principal del salón, y pareció quedar con los pies clavados en el suelo, primero mirando a todos lados y luego hacia la pianista. Detrás de él había cuatro hombres que también se quedaron mirando fijamente a María Carvajal fruncidos los ceños… A una seña de Sotillos los cuatro hombres se distribuyeron muy estratégicamente por el salón, de tal modo que nadie habría podido salir de allí sin su consentimiento. Mientras tanto, Sotillos miraba a todos lados, cada vez más alarmado. Por fin, por detrás de los admirados oyentes, fue rodeando el salón hasta colocarse junto a Rosario Robledo. Le musitó unas palabras al oído, y ella encogió los hombros y señaló hacia la puerta. Eran las once y treinta.

Miguel Sotillos había fruncido el ceño, y comenzó a caminar hacia la puerta del salón. Pero se detuvo en seco al ver aparecer allí al general Robledo, que quedó apoyado en el quicio, un tanto turbia la mirada, indeciso el gesto. Sotillos miró significativamente a uno de sus hombres, el más cercano a la puerta, y el hombre se acercó presurosamente al general. Le dijo algo, y luego el hombre miró hacia Sotillos, alzando las cejas mucho, repetidamente, en claro gesto de llamada, Sotillos comenzó a desplazarse hacia allí.

Y, de pronto, el general Robledo dio un par de pasos hacia el centro del salón, vaciló, se llevó las maños a la cabeza, y cayó de bruces.

Primero fue un gritito, luego una voz de alarma, de sobresalto… Inmediatamente las notas del piano quedaron prácticamente ahogadas por las voces excitadas, por el ruido de pies, las

exclamaciones… Todos corrían hacia el caído general Robledo, sin hacer ya caso alguno a las notas del vals más famoso del mundo. En menos de Cinco segundos el cuerpo de Anselmo Robledo estuvo rodeado de personas, que eran apartadas un tanto rudamente por algunos hombres aparecidos en el salón como por arte de magia.

En aquel momento, Theodore Franklin aparecía en la puerta del salón, con la expresión más inocente que pudiera buscarse. Vio lo que estaba ocurriendo, dio media vuelta, y se fue directo hacia la salida de la casa… seguido por dos hombres que, justo cuando llegaba a la salida, llegaban a su altura, y lo asían por los brazos, frenando su marcha en seco.

Alrededor de Anselmo Robledo todo era desconcierto, exclamaciones de preocupación… María Carvajal dejó de tocar el piano, se puso en pie, y comenzó a caminar hacia la salida a la terraza, sin mirar a nadie, como el avestruz que considera que no hay mejor medio de escapar al peligro que esconder la cabeza bajo la arena. El salón estaba prácticamente vacío, ya que todos los invitados se arremolinaban en torno al general. Diez pasos, ocho, seis… La salida estaba allí, a sólo cuatro cortos pasos…

Una mano seca, huesuda, fuerte, rodeó el brazo izquierdo de María Carvajal, deteniéndola bruscamente en su marcha hacia el jardín.

—Señora Leighton, ¿tiene la bondad de atenderme?

María Carvajal se volvió, mordiéndose los labios; su oscura mirada quedó fija en los inteligentes ojos de Miguel Sotillos.

—Yo… yo… iba… al coche… Las personas enfermas me afectan mucho…

—Está usted detenida. Tenga la bondad de venir conmigo.

—Pe… pero, señor Sotillos, yo… yo no sé…

Entre el rumor de voces excitadas, se alzó de pronto la de Angel Cifuentes:

—¡Doctor Mendoza! —llamaba—. ¿Dónde está usted? ¡El general necesita inmediatamente un cordial! ¡Doctor Mendoza!

La voz de un hombre que aseguraba ser el doctor Mendoza se dejó oír, pidiendo paso. El grupo de invitados se abrió, dejándole pasar. De nuevo la voz del doctor Mendoza ordenando que el general debía ser llevado inmediatamente a su habitación…

María Carvajal dio un tirón de su brazo, soltándose, y echó a

correr hacia el jardín, muy velozmente. Pero, a los pocos pasos, Miguel Sotillos la alcanzó, ya fuera de la casa, sujetándola por el negro moño de trenzas… La sujetó tan fuertemente que el moño quedó en manos del jefe del servicio secreto de Santaluz, el cual aún tuvo que dar dos rapidísimos pasos más para sujetar definitivamente a la viuda por un brazo. Ella lo miró, muy abiertos los ojos, jadeando, asustadísima…

—Señora Leighton —dijo fríamente Sotillos, alzando la peluca —, me parece que esto es suyo.

—Usted no entiende, no comprende… ¡Tengo que marcharme…!

—Yo opino que no, señora. Tenga —le puso la peluca en una mano, rudamente—: póngase esto. No quiero que sorprenda demasiado a mis hombres con su tan inesperado aspecto. ¡Póngase la peluca!

—Sí… sí, desde luego…

Se colocó la peluca en la cabeza, de cualquier manera. Sotillos apretó más fuertemente su brazo y la llevó hacia la puerta principal de la quinta, donde acababan de aparecer los dos hombres que sujetaban a Theodore Franklin, ahora apuntándole con sendas pistolas, con lo cual el inglés había dejado de intentar resistirse.

—¿Han subido al general a su dormitorio? —preguntó secamente Sotillos.

—Sí… El señor Cifuentes y el doctor Mendoza están con él. No hay cuidado por eso, don Miguel.

Media docena de hombres aparecieron alrededor del grupo, todos pistola en mano.

Sotillos señaló hacia la casa.

—Rodeadla bien, y que nadie salga o entre. Pedro, Andrés, Venancio, venid conmigo… Al coche. Porfirio, encárgate de que se monte una guardia especialísima cerca del general. Algo le han hecho, y hay que cuidarlo. Ustedes, vengan conmigo… Tú al volante, Pedro.

—Sí, don Miguel.

Bajo la amenaza de las armas, María Carvajal y Theodore Franklin fueron llevados hacia el coche especial del jefe del servicio secreto de Santaluz. Pedro pasó al volante, Andrés se sentó junto a él, y Venancio y Sotillos empujaron dentro del auto a los dos prisioneros, entrando seguidamente, apuntándoles con sus armas,

Venancio se sentó en uno de los sillones supletorios.

—Señor Sotillos —jadeó María—: esto que está haciendo es un abuso, y le aseguro que me quejaré a…

—¿A quién? Señora Leighton, usted no es tan inteligente como cree. No debió dejarme examinar su pasaporte: es falso. ¿Quién es usted?

—¿Falso? ¡Usted no puede decir eso, mi pasaporte…!

—¡Su pasaporte es falso, señora! —aulló violentamente Miguel Sotillos—. ¡Y para que no se llame a engaño le diré que ahora vamos a la prisión, donde usted y su amigo el señor Franklin van a tener que explicarme muchas cosas! ¡Arranca, Pedro!

El coche fue puesto en marcha, y poco después salía del jardín de la residencia particular del general Robledo. Sotillos dejó de mirar al exterior para encararse nuevamente a sus prisioneros. Parecía haberse calmado.

—Es inútil que intenten negar nada… —murmuró—. Usted, señora, no es quien dice ser. Ya le dije que me interesé por su inscripción en el registro civil, y no consta allá. Además, su pasaporte es falso… Todo esto requiere una clara explicación, sobre todo ahora que algo le ha sucedido al general Robledo. La escucho, señora.

—Yo no… no tengo nada que decir…

—Señora Leighton, o quien quiera que sea usted: sepa que dentro de quince minutos estaremos en la prisión de Puerto Luz, y que allá le haremos decir todo lo que queramos. No sea estúpida… ni pretenda que nosotros creamos que lo es. Pasaporte falso, peluca postiza… ¿Quién es usted? ¿Qué hace en Santaluz, qué pretende…? ¿Tanto le cuesta admitir que ha perdido la partida? ¡Sea sensata!

María Carvajal tragó saliva, con dificultad. Luego, inclinó la cabeza.

—Está bien… —murmuró—. Le diré… le diré lo que quiera saber, señor Sotillos…

—¿Quién es usted?

—Mi nombre… mi nombre es… Irina Chekova… Soy agente de la MVD rusa.

—¿Y él? —señaló Sotillos a Franklin.

—Él es un… mercenario que hemos contratado, para que matase al general Robledo. Pero ha fracasado, todos hemos fracasado…

—¡Maldita cobarde! —aulló Franklin—. ¡Merecerías que…!

Su intención, bien clara, fue agredir a María, pero Miguel Sotillos, con seco gesto, le golpeó en la frente con la pistola, derribándolo hacia atrás, en el asiento, desde donde se deslizó hasta casi quedar tendido en el piso del coche, sangrando por la brecha abierta por el fortísimo golpe.

—Ya no nos molestará, señora… Puede seguir con sus explicaciones… Le aseguro que todo cuanto diga le ahorrará un mal rato más adelante.

—Sí… Lo sé. Soy una profesional, señor Sotillos; entiendo de estas cosas. Sé cuándo se ha perdido la partida.

—Muy razonable por su parte… Irina… ¿Ha dicho Irina?

—Irina Chekova, sí.

—Rusa, naturalmente. Y con órdenes de matar al general Robledo. ¿Por qué?

—Bien… Oh, me estoy mareando…

—¿Por qué? —exigió Sotillos.

—Porque no era conveniente para nosotros. Yo quise ayudar al general, pero no llegué a tiempo, se lo juro… ¡Estuve hablando con él, le dije que corría peligro…! ¡Puede preguntarle, si quiere!

—Así lo haré. Ahora dígame…

—Me… me estoy mareando… Siento angustia. Por favor, pida que pare el coche un momento… Me voy a desmayar…

—Para, Pedro —murmuró Sotillos.

El coche se detuvo, a la derecha del camino de tierra. No se veía luz alguna cerca de allí, pero a lo lejos se veían las luces de vivos colores de Puerto Luz, la capital.

María Carvajal se quitó la peluca negra, suspirando aliviada. Los hombres del servicio secreto santaluceño la contemplaban atentamente, pero no dieron importancia al hecho de que sus dedos hurgasen entre los negros cabellos postizos.

—Sí… Un poco. Estoy asustada, y con la peluca, y el calor del coche… Con esto he terminado para la MVD, ordenarán que me eliminen, y más cuando sepan que lo he confesado todo, que he dicho que ha sido Rusia quien ha ordenado el asesinato del general Robledo…

Miguel Sotillos notó de pronto un olor extraño, suave y penetrante a la vez. Enseguida aquel zumbido en las sienes. Todavía

desconcertado, bajó la mirada, y vio en la mano diestra de María Carvajal pequeños objetos brillantes. Parecían unos cristalitos rotos, y… La cabeza de Miguel Sotillos emprendió de pronto un millón de vueltas vertiginosas. Junto a él, María Carvajal parecía dormida, resbalando en el asiento del coche… Y esto fue lo último que vio.

Apenas un minuto después, un coche se detenía junto al del jefe del servicio secreto de Santaluz, y Basili y Piotor se apearon rápidamente, abrieron las portezuelas y contemplaron socarronamente el cuadro bucólico de apacibles durmientes. Piotor tomó la mano de María y la volvió palma arriba, señalando los pequeños cristalitos.

—Lo hizo. Los engañó… Ha reventado la ampolla que llevaba en la peluca.

—Ya sabíamos que lo conseguiría —refunfuñó el otro—. Hagamos nuestra parte: no tardarán ni cinco minutos en despertar.

—Franklin quizá tarde más: le han dado un buen porrazo.

—Es una lástima… —replicó acremente Basili—. Ayúdame a atar a estos espías de pacotilla. Pero primero llevemos a ella y a Franklin a nuestro coche.

Cada uno llevó a su coche al personaje elegido. Luego, con sólidas cuerdas, ataron de pies y manos, fortísimamente, a Sotillos y sus hombres, sin sacarlos del coche. Finalmente, Basili, provisto de un rollo de esparadrapo, selló las bocas de los agentes santaluceños, con una pericia formidable. Con mucha suerte, tardarían no menos de dos horas en soltarse. Con mucha, muchísima suerte.

—Ella está despertando —sonrió Piotor—: el 077 tiene unos efectos muy breves.

—Mejor. Vámonos. Y si Franklin abre los ojos, dale un golpe.

—Mejor sería atarlo, y así no nos complicará la vida.

—Me gusta más tu idea que la mía, Voy a atarlo. Y vámonos ya de aquí.

—Yo conduciré. Ata bien al pajarito. ¡No sabe lo que le espera!

Capítulo XII

Cuando Theodore Franklin recuperó el conocimiento su primera impresión fue la de ir dando pequeños saltos, y lo primero que vio fue el cielo estrellado a través de un pequeño rectángulo abierto en el techo… No. No era el techo. Era la ventanilla de un automóvil…

Luego vio a Basili, sentado a su derecha, mirándolo de un modo irónico, en silencio. Franklin quiso moverse, acomodarse mejor en el asiento, pero no pudo conseguirlo. Lo que sí consiguió fue enterarse de que estaba atado como un fardo, sin la menor posibilidad de liberarse. Probó dando un tirón, siempre bajo la irónica mirada de Basili. Y una voz conocida dijo a su izquierda.

—Es inútil, querido, no podrás soltarte.

Volvió vivamente la cabeza, lanzando una exclamación de sorpresa en la que había no poco alivio:

—¡María! ¡Conseguiste escapar! ¡Hemos escapado…!

—Así es.

—¿Me ataron ellos? Bueno, desátame ya…

—Estás bien así, amor. Por el momento, al menos. Te hemos registrado y no llevas la radio de bolsillo que te entregué. Eso significa que, tal como te indiqué esta tarde, la dejaste en poder de tus amigos… ¿Exacto?

—Sí… Claro… La tiene McKinley.

—Perfecto. Ahora —María Carvajal sacó una radio de bolsillo, y la colocó ante la boca de Franklin—, voy a abrir el canal, y vas a decirle a tu lugarteniente que el *Abismo* debe zarpar… inmediatamente.

—¿Sin esperarme? —jadeó Franklin.

—Sin esperarte. Tú y yo tenemos aún algo que hacer, y es mejor que tus hombres escapen. Diles que vayan directos hacia alta mar, nada de ir costeando, pues permanecerían en aguas jurisdiccionales santaluceñas y dentro de horas saldrían en su persecución. Por

tanto, ¡directos a alta mar! ¿Alguna duda?

—No pienso dar esa orden si antes no recibo una explicación por tu parte.

—Querido, ¿inyectaste al general Robledo?

—Sí… Todo salió como tú planeaste… Cuando simulaste que te torcías el pie en el jardín el vigilante que estaba cerca del árbol se acercó a ti, dejándome el camino libre. Cuando él regresó a su puesto yo estaba ya en un balcón… Luego lo del saloncito… El general apareció, hice todo tal como lo habíamos planeado… Salí del saloncito, lo vi salir muy pronto, bien escondido en uno de los dormitorios, y decidí bajar tras él… Todo salió bien. Pero tú… te acobardaste enseguida cuando ese Sotillos…

—Yo no me acobardo nunca, amor. Puedo llegar a tener mucho miedo, un miedo espantoso… Pero siempre me sobrepongo. Tengo miedo, pero lo domino, lo cual, según dicen, es la fórmula máxima del valor. Bien, vas a llamar a McKinley…

—No lo haré si no recibo antes esa explicación.

—Oh… De acuerdo. Basili va a darte una explicación que espero comprendas perfectamente. Adelante, Basili.

Franklin volvió la cabeza hacia Basili, y recibió la explicación: un tremendo directo en plena nariz, que se la hundió en el rostro como si fuera de goma. La nariz estalló en un surtidor de sangre, pero Franklin ni siquiera tuvo tiempo de gritar, porque enseguida recibió un impacto en corto en el hígado que le dejó sin aliento…

—Ya basta —dijo María.

—Niéguese a colaborar, Franklin —deslizó heladamente Basili —. ¡Por favor, niéguese! ¡No sabe con cuánto gusto estoy haciendo esto! ¡Vamos, niéguese!

—No… No, no… —jadeó Franklin—. Le daré esa orden a McKinley…

—Magnífico… —rió María—. Pero será dentro de un minuto, que te hayas recuperado lo suficiente para que él no note nada raro en tu voz. ¿Falta mucho, Piotor?

—No… Estamos llegando. Ya subimos.

—Bien… —María miró de nuevo a Franklin—. Tenemos una hermosa cabañita muy bien acondicionada cerca de aquí, en lo alto de un hermoso cerro desde el cual se divisa el mar… Incluso el puerto de Puerto Luz. Es muy posible que veas salir el *Abismo* hacia

mar abierta… ¿Cómo van los ánimos? ¿Podrás hablar ya?

—Sí… Sí.

—Hemos llegado —dijo Piotor.

Apenas terminó de hablar, frenó el coche, delante de una cabaña hecha con troncos, con fachada al mar, que se veía a la izquierda, al final de la colina. Más a la izquierda se veían las luces de los muelles de Puerto Luz.

María Carvajal abrió por fin la radio, colocándola ante la boca de Franklin.

—Sin explicaciones, querido: que se marchen. Diles… que ya nos veremos dentro de quince días en Acapulco.

Se estaba oyendo ya la voz de McKinley, preguntando quién llamaba.

—Soy yo —dijo Franklin con voz bien dominada—. ¿Cómo están los cosas por ahí, Mac?

—Bien. Normal… ¿Y lo vuestro?

—Ha terminado bien. Ahora, marchaos, con el yate. Directos a alta mar, porque es posible que quieran cazaros dentro de un par de horas. Nos veremos dentro de quince días en Acapulco.

—Pero… ¿no te esperamos?

—No.

—¿Te ocurre algo? —Se tensó la voz de McKinley.

—Nada. Todavía tengo que arreglar algunos asuntos con María.

—Bien… Entonces, ¿nos vamos?

—Sí. Nos veremos en Acapulco.

—De acuerdo. Adiós, Franklin.

—Adiós.

María cerró la radio, la guardó, y señaló fuera del coche. Basili se apeó, abrió la puerta de la cabaña, entró, y un segundo después se encendía la luz. Basili regresó al umbral, y alzó una mano, como si fuese un gladiador saludando al César. María salió del coche, y fue hacia la cabaña, mientras Piotor pasaba al asiento de atrás y desataba los pies de Franklin, que no necesitó indicación alguna para comprender que debía ir a la cabaña.

Ésta constaba de una sola pieza, en la que se veían una librería aceptable, sillones, una cama al fondo, un armario, la cocina en un rincón, sillas, una mesa, un lavabo…

—Es de Nicomedes —sonrió María—. Vive apaciblemente en

este idílico lugar. Con mucha modestia, pero apacible y feliz.

Muy feliz se acercó una silla, se sentó y señaló a Franklin que hiciera lo mismo, junto a ella; luego, miró a Basili, que asintió con la cabeza y le tendió otra radio de bolsillo.

—¿Ya está cambiada la onda, Basili?

—Sí.

—Bien —María efectuó la llamada y, en el acto, se oyó una voz que a Franklin le resultó conocida, preguntando quién llamaba—. Soy yo, señor Cifuentes. ¿Cómo van las cosas por ahí?

—Todo como usted predijo: Robledo está gritando que ha sido la MVD la que ha organizado todo esto, y dice que se siente peor por momentos… Mendoza le ha puesto una inyección calmante, de modo que no se notará el anterior pinchazo. Y… creo que empiezo a ver más viejo a Robledo.

—Mañana tendrá diez años más. Y dentro de tres, cuatro o cinco días, morirá de viejo. No habrá revolución, ni insurrecciones, ni protestas, ni guerra civil… Ni un solo muerto inocente en Santaluz, señor Cifuentes, tal como le prometí. Observe que hemos podido evitar el atentado. Ahora puede empezar a considerarse jefe de Estado.

—Se lo debo a usted… Mi patria y yo le debemos… tanto que nunca podremos pagárselo. Ha salvado miles de vidas, el caos…

—Ese es mi precio. Estoy pagada, señor Cifuentes. ¿Puedo hacer algo más por usted?

—No… —Se oyó la risa de Angel Cifuentes—. ¡Por Dios, no! Dígame, ¿volveré a verla?

—Por ahora, no. Pero quizá más adelante tenga usted ese placer. Adiós, señor Cifuentes, y… pórtese bien.

Cerró la radio, la devolvió a Basili y se puso en pie. Fue al lavabo y se quedó mirándose en el espejo. Se quitó la peluca negra, que habíase vuelto a colocar antes, y la dejó sobre una silla. Luego se quitó los lentes de contacto negros, pero no ocurrió lo que esperaba Franklin, o sea, dejar al descubierto unas pupilas color gris acero, sino que aparecieron los más bellos, luminosos y grandes ojos azules del mundo. Luego, se metió dos deditos en la boca, primero hacia un lado y luego hacia otro; sacó dos objetos oblongos, esponjosos, y los dejó con la peluca. Después, con la uña del dedito meñique, se quitó dos arandelas de la nariz, retirando cada una

muy cuidadosamente de su correspondiente fosa nasal. Por último, se quitó una delgada prótesis dental que, asombrosamente, había llevado sobre los dientes de su mandíbula superior, de modo que la boca ya no resultó tan abultada… Y para terminar el asombroso cambio, se lavó la cabeza con el contenido de una bolsita, allí mismo, al chorro del grifo del lavabo. Basili había tomado una toalla de junto al lavabo, y se la colocó en las manos, amablemente, y María Carvajal comenzó a secarse la cabeza, adornada ahora con cabellos negrísimos, relucientes, hermosos. Con una gracia exquisita, peinó sus negrísimos cabellos en un minuto y los dejó recogidos en la nuca con una horquilla.

Cuando se volvió hacia Theodore Franklin, éste parecía un cadáver, tal era su silencio, su inmovilidad, su palidez.

—Como ves, Theodore —sonrió ella—, no tengo precisamente doscientos cincuenta años. ¿Qué te pasa? ¿No me reconoces? Oh, sí, espera… Veamos: cuando nos conocimos, yo llevaba la cara maquillada de negro, y cuando me vistes sin el maquillaje, un par de horas después, yo había… envejecido un poco. Eso me ayudó a que no relacionaras a María Carvajal conmigo. Aunque debes admitir que soy genial disfrazándome. ¿O no te parezco genial, Theodore?

—Brigitte Montfort… —pudo jadear Franklin, al fin—. ¡No es posible!

—¿Tú crees? ¡Oh, vamos, no me digas que te parezco un fantasma! Veamos… Según las cuentas que hiciste anoche con McKinley en el coche, yo debería tener ahora… doscientos sesenta años. ¿Los represento?

Piotor y Basili soltaron una risita. Parecían divertidísimos.

—¿Cómo sabes… lo que hablamos McKinley y yo…?

—Nicomedes os colocó un micrófono en el coche, y dos en el yate. Y hablando de Nicomedes, Simón: ¿alguna dificultad?

—No, no… Estará aquí a la hora fijada. Esto es, dentro de quince o veinte minutos.

—Magnífico. ¿Todo está listo? ¿No nos dejamos nada? ¿Todo quedó bien preparado en la villa, para que parezca que estuvo ocupada por agentes rusos?

—Todo. Con una directora de escena como usted, nada puede fallar, Baby.

Franklin quedó definitivamente lívido.

—¿Baby? —jadeó—. ¿La… agente de… de…?

—La agente del mundo que trabaja financiada por la CIA —acabó, sonriente, Brigitte Montfort—. ¿No es bonita esta definición de mi humilde personalidad, querido? ¿Qué te ocurre? Pareces… asustado.

—Si hubiera sabido…

—Si hubieras sabido que la pobre y viejecita señorita Montfort era Baby, me habrías matado, ya lo sé.

—Pero deberías… estar muerta… de vieja…

—Pues, sí. Pero soy una tramposa, debo confesarlo… ¡Oh, qué desvergonzada tramposa es la agente Baby! ¿Verdad, Simones queridos? A decir verdad, no debería darte explicaciones, Theodore, pero como tenemos tiempo, lo haré. Verás: la película que faltaba en la cámara que uno de tus hombres encontró, estaba en mi barriguita, bien encerrada en una cápsula de plástico especial. Y allí estuvo hasta que, tras ciertas peripecias, conseguí salir del sótano. Unos amigos pasaron a recogerme en las Bermudas, con una avioneta privada, y me llevaron a la Central de la CIA, donde… recuperé la cápsula, que fue inmediatamente entregada a servicios especiales. Pero, como yo iba envejeciendo más y más, hubo que recurrir al último adelanto de la ciencia: me colocaron en una cámara experimental de hibernación, donde permanecí congeladita durante dos días, que fue el tiempo que tardaron nuestros especialistas en fabricar el antídoto de «Seculorum». No sólo en fabricarlo, pues eso fue más rápido, sino en asegurarse, con voluntarios de la CIA, de que todo estaba en orden. Sí… Todos los agentes de la CIA que había en Langley ofrecieron sus cuerpos como conejillos de Indias para que su amada, adorada, idolatrada, queridísima Baby sobreviviera. Fueron inyectados de «Seculorum» tres de ellos, y luego se les aplicó el antídoto. Ya seguros del éxito, me sacaron de la cámara de hibernación, donde todas mis funciones fisiológicas, incluso el envejecimiento, habían quedado en suspenso. Me inyectaron el antídoto, y el proceso se realizó al revés. En ocho horas, volví a ser esta hermosa jovencita que ves aquí. Pero quedé tan postrada que tuve que ser hospitalizada, y así estuve, atendida mejor que una reina, durante una semana… ¿Sabes lo que más me molestó de todo esto, Theodore?

—No —murmuró roncamente Franklin.

—Pues que perdí el maravilloso color dorado de sol de mi piel. ¿Ves qué blanquita es ahora? No me gusta… Pero decidí esconderme del sol, con vistas a convertirme en María Carvajal. Ahora, todo terminado, volveré a tomar el sol. ¿Y sabes dónde?

—¿Dónde?

Brigitte soltó una risita deliciosa.

—¡Pues en Acapulco, precisamente! En una semana volveré a tener mi piel doradita, deliciosa… Color del sol.

—¿Piensas… atacar en Acapulco a mis hombres?

—¿Estás bromeando? ¿De veras crees que tus hombres van a llegar a Acapulco?

—¿No?

—¡Por supuesto que no! Tú y tus hombres sois… asesinos natos. Gente sin escrúpulos de ninguna clase. Por lo tanto, yo, agente Baby del mundo, digo… ¡*kaputt*! —Y bajó un dedito pulgar, apuntando al suelo.

Y en aquel mismo instante, hasta la casita llegó una explosión sorda, apagada, y el cielo brilló en un tono rojo durante unos segundos… Theodore Franklin miró sobresaltado hacia la ventana. Cuando miró de nuevo a Brigitte, ésta encendía un cigarrillo, con gran placer.

Echó un arito de humo, poniendo la boquita deliciosamente en forma de O, y sonrió de nuevo.

—Ese ruidito que hemos oído, Theodore, significa que el *Abismo*… se ha ido al abismo. Con todos los canallas que llevaba a bordo.

—No lo creo… ¿Cómo… has podido…?

—Oh, eso no lo he hecho yo, sino Simón… —señaló a Basili—. ¿Quieres saber cómo lo hizo? Pues utilizando un precioso modelito de hombre-rana, y una formidable carga de explosivo, con el mecanismo adecuado, que quedó colocada en el casco del *Abismo*, por debajo de la línea de flotación. Pero dejemos ese asunto… ¿Quién se acuerda ya de un yate cargado de canallas? Vamos a ver… ¿Me dejo algo? Oh, sí… El sistema para encontrarte… Tú habías mencionado en mi presencia las palabras «Abismo» y «Casablanca». De modo que, antes de ser metida en la cámara de hibernación, pasé esos nombres a mis amigos. Doce mil puntos de la

CIA en todo el mundo se dispusieron a localizar ese «Abismo»; pero, afortunadamente, no hubo que buscar mucho. Uno de los nuestros notificó que en Casablanca había un yate llamado *Abismo*. Y entonces, fueron a decírmelo a la clínica, donde yo lo organicé todo…

—Pero todo esto para… para encontrarme, y…

—No, no. Verás, mi amor: tío Charlie, que es mi jefe directo, me había estado buscando para decirme que tenía una misión para mí, precisamente en Santaluz. Debía eliminar al general Robledo, que después de recibir armas y diversas ayudas por parte de la CIA, estaba en… negocios con agentes rusos que lo estaban convenciendo, de tal modo que Santaluz llevaba camino de, bajo el mando de Robledo, convertirse en otra Cuba. Había, pues, que eliminar a Robledo. Y, como siempre en los casos importantes, yo fui elegida como agente ejecutor, dada la importancia del personaje. Pero sobre todo, teniendo en cuenta que no había que provocar disturbios en el país. Entonces, seleccioné a dos Simones, y te los envié, con un montón de mentiras perfectamente preparadas, urdidas por esta linda cabecita. En estos momentos, se puede decir que has colaborado con la CIA; y Miguel Sotillos, gracias a mi… cobardía, sabe que ha intervenido una espía rusa llamada Irina Chekova, que había contratado mercenarios como tú, que los rusos tienen la culpa de todo… ¿Te imaginas la antipatía que el buen Sotillos va a tener a partir de ahora por los agentes rusos? O sea, que yo he… multiplicado mi labor. Uno, he cumplido mi misión, eliminando sin guerra ni muertes al general Robledo, que morirá pacíficamente y será sustituido por Angel Cifuentes, amigo fiel de Estados Unidos. Dos, he enemistado al servicio secreto de Santaluz con respecto a la MVD y a Rusia en general, sin que, al mismo tiempo, tengan nada contra la CIA. Tres, te he encontrado de nuevo, y te agradezco el servicio que me has prestado. Ciertamente, puesto que dispongo de la fórmula «Seculorum», podría haberlo hecho todo yo solita, pero… ¿por qué fatigarme? Además, me he divertido mucho contigo… No eres ni así de listo, amor. Lo he pensado muy bien.

—¿Y ahora? —musitó Franklin.

—Oh, sí, ahora… Bien… —Fue a la cama, se arrodilló junto a ella, y metió una mano debajo, retirándola con un maletín rojo con

florecillas azules—. Ahora realizaremos la última parte de mi jugada. Como hablas español, no dudo que conoces este refrán: ojo por ojo, diente por diente. ¿Lo conoces?

—Sí.

—Qué bien —sonrió gélidamente Brigitte.

Colocó el maletín sobre la mesa, lo abrió, y sacó una cajita metálica de la cual extrajo una cápsula de cristal y una jeringuilla.

—No —jadeó—. ¡No! ¡Eso no, no, no…!

—Sujétenlo —dijo Brigitte, secamente.

—¡Noooo! —chilló Franklin, debatiéndose entre las cuerdas—. ¡No me hagas eso…!

Simón y Simón lo sujetaron fuertemente, sin piedad, inmovilizándolo. Brigitte rasgó la manga del *smoking* y de la camisa, clavó la aguja y apretó el émbolo… Cuando retiró la aguja, Theodore Franklin había dejado de resistirse y caía hacia adelante, sollozando, revueltos los cabellos.

—Nicomedes se asegurará de que nadie venga por su cabaña durante unos días, querido —deslizó Brigitte—. Te deseo una larga, dulce, tranquila vejez.

Theodore Franklin dejó de sollozar y quedó como hipnotizado, fijos sus ojos en el suelo.

Simón se acercó a la ventana, miró para arriba y luego su reloj, frunciendo el ceño.

—Nicomedes se ha adelantado unos minutos —dijo—. Ahí llega con el helicóptero.

—Mejor —dijo Brigitte.

—¡Todo listo, señorita! —exclamó alegremente—. ¡Les deseo un feliz viaje!

—Te has portado muy bien, Nicomedes —sonrió la espía—. Dentro de pocos días recibirá un regalo.

—¿Un regalo? ¡Pero si ya me ha pagado espléndidamente! Y además, yo trabajo gratis para usted siempre que quiera, señorita.

—Lo sé. Y por eso te enviaré un regalo. Ya sabes dónde has de enterrar al caballero cuando muera de viejecito. Adiós.

—Adiós, señorita… y señores —Nicomedes se volvió hacia Franklin, sonriendo hoscamente—. Cómo ve usted, señor, mi ama no es precisamente fea, ni tiene verrugas.

—Buen chiste, Nicomedes —sonrió Simón-Piotor—. Hasta la

vista.

—Buen viaje —repitió Nicomedes.

Baby y sus «chicos» caminaron hacia la puerta, pero Theodore Franklin comenzó a gritar, y se detuvieron.

—¡No me dejen así! ¡No quiero consumirme en cuatro días…! ¡Por piedad, mátenme! ¡Mátenme, se lo suplico! Por piedad, por piedad…

—¿Qué te pasa, Theodore? —inquirió Baby—. ¿No te gustan los ancianitos?

—Mátame… Te lo suplico… ¡Te lo pido por piedad!

Durante unos segundos, Brigitte Montfort estuvo mirándolo fijamente, sin expresión alguna en sus hermosos ojos. Igual que si Theodore Franklin fuese un objeto insignificante, sin valor ni relieve alguno. Por fin, sacó su pistolita y apuntó al corazón del asesino mercenario.

¡Plof!

—Que no se diga —musitó— que Baby es incapaz de sentir piedad.

Este es el final

Con la ganzúa abrió la puerta de aquella *suite* del más lujoso hotel de Acapulco, mientras miraba a ambos lados del pasillo. Entró en la *suite* y se quedó inmóvil unos segundos. No se oía nada. El sol de la tarde quedaba detenido en las persianas cerradas y solamente un leve resplandor permitía ver, cuando menos, el contorno de los muebles.

Sigilosamente, con el maletín en la mano izquierda, se deslizó hacia el dormitorio sin producir el menor ruido. Dejó el maletín junto a la entrada, dio un par de pasos… y una mano grande, fortísima, durísima, rodeó su garganta, apretándola hacia atrás, reteniéndola contra el amplio y musculado pecho de un hombre. Brigitte asió aquella mano por el dedo pulgar, quiso inclinarla hacia un lado forzando el juego de la muñeca y, al mismo tiempo, tiraba hacia delante y un lado, en un desesperado intento del cuarto *sutemi* de judo… Y por primera vez en su vida de espía eficacísima, falló. Otra mano, igualmente grande y fuerte, se apoyó en su occipital, forzando la cabeza hacia delante.

—Jovencita —dijo una voz profunda, recia, viril—: si quiere seguir la pelea, adelante. Si viene en son de paz, diga: «te amo».

—Te amo —susurró Brigitte.

Aquellas fortísimas manos la soltaron, pero fue para abrazarla inmediatamente.

—¿De verdad querías sorprenderme… a mí? —musitó luego la voz del hombre.

—Tonterías mías. Me dijeron que el señor Tomasini estaba durmiendo la siesta y quise… hacerte una broma. Algún día, sin embargo, te venceré, Número Uno.

—Nunca. En pelea, nunca, Brigitte. Pero tú… no necesitas pelear conmigo para vencerme. Ven… Quiero verte bien…

Número Uno, el mejor espía masculino de todos los tiempos,

llevó a su amada hacia las persianas, las abrió, y la luz dio de lleno en la mejor espía femenina de todos los tiempos… Y la más bella.

—La más hermosa —sonrió Uno—. Siempre, siempre, siempre, la más hermosa, la más dulce, mi amor… ¿Me quieres?

—Te quiero —sonrió Baby—. Pero te advierto que no soy tan joven como parezco, querido. No digas que no te lo advertí: soy… la espía más vieja del mundo. En estos momentos tengo… 290 años.

—¿De veras? —sonrió Número Uno—. Pues, amor de mi vida, te conservas muy bien. Felicidades…

FIN